

SARAH POMEROY, STANLEY BURNSTEIN,
WALTER DONLAN Y JENNIFER TOLBERT

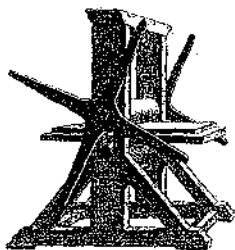
LA
ANTIGUA
GRECIA

HISTORIA POLÍTICA, SOCIAL Y CULTURAL



CRÍTICA

LA ANTIGUA GRECIA



SERIE MAYOR

Directores:

JOSEP FONTANA y GONZALO PONTÓN

Capítulo 12

LOS SUCESORES DE ALEJANDRO Y LA COSMÓPOLIS

Las conquistas de Alejandro cambiaron para siempre el mundo que los griegos conocían. De ciudadanos de unas polis minúsculas situadas en los márgenes del imperio persa, los helenos pasaron a convertirse en socios de la dominación de un vasto territorio que se extendía desde el Mediterráneo a los confines de la India. Lo que hermanaba a aquella enorme «cosmópolis» (literalmente, «ciudad-estado que abarca el mundo entero») era el empleo del griego como lengua común del gobierno y de la cultura y la existencia de una serie de islas de cultura helénica en las colonias diseminadas por toda la zona. La cosmópolis se convirtió en la inmensa arena en la que se desarrollarían las luchas políticas y militares de los sucesores de Alejandro. Ante este telón sangriento, las gentes sencillas, tanto griegos como súbditos, intentaron conservar sus valores tradicionales al tiempo que realizaban innovaciones que les permitieran vivir en un mundo enormemente distinto del que habían conocido sus antepasados.

La conquista macedónica acabó con el mundo griego que hoy llamamos clásico. Es indudable que la Grecia clásica marcó en numerosas áreas, tales como la escultura, la arquitectura, la filosofía y la teoría política, unas pautas que aún siguen determinando la dirección seguida por la cultura occidental moderna. Pero el mundo actual es muy distinto del universo estrecho e intensamente politizado de la polis: en muchos aspectos a lo que más se parece es a la época que hoy día llamamos helenística.

UN NUEVO MUNDO

La época helenística ocupa los tres siglos que van desde la muerte de Alejandro en 323 a. C. a la muerte de Cleopatra VII de Egipto en 30 a. C. Este período vio cómo gentes de diferentes culturas intentaban construir sus comunidades por unos procedimientos que habrían resultado impensables en tiempos de la polis puramente helénica. En mu-



FIGURA 12.1. La figura de esta vieja vendedora del mercado se nos conserva en la copia romana de mármol de un original de los siglos III-II a. C.

chos aspectos, los retos de la época helenística se anticiparon a aquellos a los que han tenido que enfrentarse las potencias imperiales modernas. Además, en los grandes estados helenísticos de carácter multiétnico, el hombre corriente ya no estaba tan volcado en la política como lo había estado, pongamos por caso, en la Atenas clásica. La vida privada se llevaba una gran parte de la energía de la gente. Escuelas de pensamiento tales como el estoicismo, el epicureísmo, el cinismo o el escepticismo pretendían calmar los mismos sentimientos de angustia y ansiedad que preocupan a los hombres y mujeres de hoy día. Mientras que los destinatarios de la filosofía de Platón y Aristóteles eran individuos acaudalados de quienes cabía esperar que participaran en el gobierno de sus respectivas polis, las filosofías que se desarrollaron durante la época helenística hablaban

a un espectro mucho más amplio de la comunidad humana. En las artes plásticas, el interés por la belleza de los varones jóvenes, propia de la época clásica, disminuyó y el repertorio de la escultura se amplió hasta incluir a colectivos tales como los ancianos, los niños, las mujeres, los no griegos, o incluso las criaturas deformes.

FUENTES PARA LA ÉPOCA HELENÍSTICA

Como las conquistas de Alejandro, el colapso de su imperio generó una amplísima literatura histórica, en muchos casos escrita por personajes que participaron en los hechos. Las obras más importantes fueron dos grandes historias que cubrían todo el período comprendido entre la muerte de Alejandro y el último conflicto surgido entre sus sucesores casi en 280 a. C. Una fue escrita por Jerónimo de Cardia, diplomático y cortesano que sirvió a las órdenes de varios sucesores de Alejandro, y la otra por Duris, discípulo del filósofo Teofrasto y tirano de la gran isla de Samos. La documentación escrita que existió en el pasado no se limitaba a las historias generales. Durante las dos generaciones que siguieron a la muerte de Alejandro se escribieron también historias de ciudades y de regiones, biografías de reyes y gobernantes, intelectuales y artistas, descripciones de los países conquistados por Alejandro, panfletos políticos, o incluso colecciones de inscripciones.

Por desgracia, prácticamente todo este amplio conjunto de documentación ha desaparecido, y las razones de que así sea son bien claras. La concepción moderna del período helenístico como una de las épocas formativas de la historia no la tenían los griegos de la Antigüedad tardía, que decidieron cuáles eran los libros que debían copiarse y llegar así hasta la Edad Media. En su opinión, estos siglos fueron un período de dominación extranjera y de humillación que contrastaba negativamente con la época clásica, cuando los griegos habían sido independientes y habían sabido triunfar sobre sus enemigos. Sus sucesores medievales, los bizantinos, tampoco se interesaron por la historia del período helenístico, aunque por motivos distintos. Como se consideraban cristianos y romanos, su interés por la historia helenística se limitaba a los relatos de la expansión romana por Oriente y a la suerte que corrieron los judíos durante el período intertestamentario. En consecuencia, el interés por los historiadores helenísticos y la copia de sus obras experimentaron una decadencia imparable. Al final, sólo sobrevivió hasta la época bizantina una sola relación detallada de los acontecimientos de los tres siglos posteriores a la muerte de Alejandro, la que contienen los libros XXI-XL de la *Biblioteca histórica* de Diodoro Sículo, y el último manuscrito de la obra de este autor que contenía dichos libros fue destruido durante el saqueo de Constantinopla por los turcos en 1453 d. C.

Por consiguiente, para la mayor parte de la época helenística, los historiadores modernos se ven obligados a reconstruir el relato de los acontecimientos a partir de fuentes heterogéneas, fragmentarias y a menudo difícilísimas de manejar. Por fortuna, la situación es menos desesperante por lo que respecta a una época tan crucial como los cincuenta años inmediatamente posteriores a la muerte de Alejandro, en los que se decidió la suerte de su imperio. El relato de Diodoro correspondiente a las dos últimas décadas del siglo IV a. C. se conserva intacto. Cuando éste acaba, los historiadores todavía pueden recurrir a diversas fuentes, como por ejemplo las biografías de Demetrio y Pirro escritas por Plutarco, el epitome de Justino de los *Philippica* de Pompeyo Trogo, y el abundante material epigráfico para reconstruir la historia del cuarto de siglo si-

guiente. Sin embargo, los historiadores están mucho mejor servidos en lo que concierne a fuentes para la vida cotidiana y la historia administrativa y económica.

Los griegos y otros pueblos antiguos del mundo mediterráneo utilizaban para escribir mayoritariamente el papiro, hojas tejidas con la fibra extraída de la planta de este nombre. Debido a la humedad reinante en los demás países, sólo en Egipto se han conservado grandes cantidades de documentos escritos en este material. En este país, los arqueólogos han descubierto documentos escritos en varias lenguas, entre ellas el griego, el latín, el egipcio y el arameo. Dichos documentos nos ilustran sobre numerosos aspectos de las vidas de los habitantes del Egipto helenístico. Están formados por cartas de carácter privado, testamentos, contratos matrimoniales, préstamos y documentos financieros de otro tipo, e incluso textos utilizados en las escuelas primarias. Los papiros a menudo nos proporcionan también los principales testimonios que poseemos de las actividades del gobierno de los sucesores de Alejandro, los Ptolomeos, en lo tocante, por ejemplo, a la recaudación de impuestos, a asuntos religiosos, y a los procedimientos judiciales. Esta rica documentación nos ofrece una visión a modo de instantánea del funcionamiento del gobierno de los Ptolomeos, desde la corte real hasta las aldeas más insignificantes del país.

También se han conservado papiros que contienen obras por lo demás perdidas de literatura griega, muchas de las cuales han sobrevivido sólo en copias de carácter fragmentario descubiertas en las ruinas de las ciudades griegas de Egipto. Así, por ejemplo, la poesía de Safo o la *Constitución de los atenienses* de Aristóteles, tan importante para la historia de la democracia ateniense, sólo las conocemos porque algunos griegos que vivían en Egipto poseían una copia de estos textos. Del mismo modo, las obras del comediógrafo ateniense Menandro o *El rizo de Berenice* del poeta alejandrino Calímaco se conservan sólo en copias sobre papiro. La gran cantidad de papiros descubiertos en las áreas rurales de Egipto atestiguan tanto el empleo de la lengua griega como la difusión de la cultura helénica, fenómenos ambos que constituyen una de las consecuencias más duraderas de las conquistas de Alejandro. Igualmente importante es el hecho de que no todos los papiros estén escritos en griego. Los especialistas han empezado a estudiar en detalle hace poco los numerosos papiros escritos en demótico (egipcio vernáculo), que demuestran que, pese a la influencia griega, los modos de vida, el sistema legal, y las instituciones religiosas de Egipto pervivieron e incluso conocieron una gran prosperidad durante la época helenística.

LA LUCHA POR LA SUCESIÓN

El reinado de Alejandro comenzó y acabó con una crisis de sucesión al trono de Macedonia. Cuando Alejandro murió de repente en el verano de 323 a. C., el poderío macedónico se extendía desde Macedonia a la India. El imperio persa, que había dominado el Oriente Próximo y Medio durante más de dos siglos, había desaparecido, pero no había surgido una estructura política nueva que lo sustituyera. Sólo la personalidad carismática de Alejandro mantenía unido su vasto reino. Su muerte repentina acabó con ese foco de lealtad. La supervivencia del imperio exigía que se eligiera rápidamente un nuevo monarca, pero no existía ningún heredero indiscutible. Alejandro se había casado hacía poco y ninguna de sus esposas había tenido hijos en el momento en que se produjo su muerte, aunque Roxana estaba embarazada. De los familiares más cercanos de Alejan-

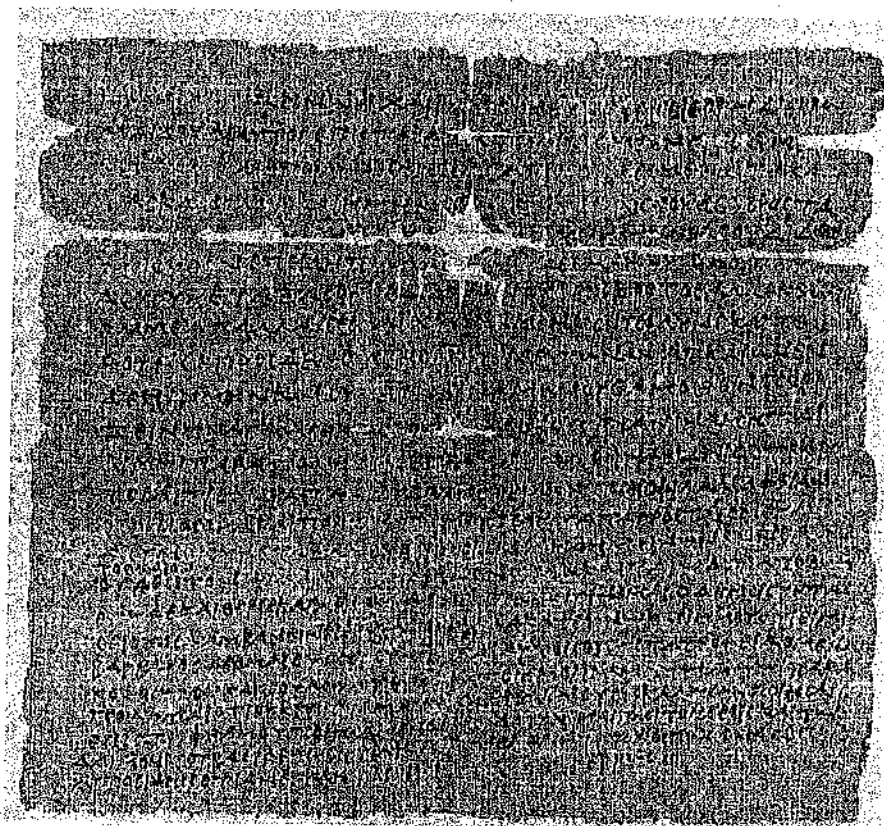


FIGURA 12.2. Carta a Zenón en la que el remitente se lamenta del mal trato recibido:

«...A Zenón, saludós. Espero que estés bien y que sigas bien. Yo también lo estoy. Como sabes, me quedé en Siria con Croto e hice todo lo que me ordenaste con respecto a los camellos, y no puedes culparme de nada. Cuando le enviaste la orden de que me pagara, no me dio nada de lo que le ordenaste. Como, aunque le pedí repetidas veces que me diera lo que le habías mandado,

Croto no me daba nada, sino que respondía una y otra vez que me quitara de en medio, me aguanté durante bastante tiempo esperándote; pero al verme falto de todo lo necesario y no poder obtenerlo en ninguna parte, no tuve más remedio que refugiarme en Siria para no morir de hambre. Te escribí entonces para que supieras que la culpa de todo la tenía Croto. Cuando me enviaste de nuevo a Fitadelfia a casa de Jasón, aunque tengo hecho todo lo que me ordenaste, en estos nueve meses no me ha pagado nada de lo que le ordenaste que me diera, ni grano ni aceite, excepto dos mensualidades, en las que me ha pagado el (subsidio para) vestido. Paso apuros en verano y en invierno. Y me manda que acepte como salario vino del corriente. En fin, me han tratado de modo ultrajante porque soy "bárbaro". Te ruego, pues, si te parece bien, que les des orden de que me entreguen lo que se me debe y de que en el futuro me den la paga entera, no me vaya a morir de hambre por no saber actuar como los griegos. Así, pues, ten la amabilidad de cambiar de actitud conmigo. Ruego a todos los dioses y a la divinidad tutelar del rey que sigas bien y que vengas a comprobar que no tengo culpa de nada. Adiós.»

Business Papers of the Third Century B. C. Dealing with Palestine and Egypt, vol. 2, eds. W. L. Westermann, C. W. Keyes, y H. Libesny [Nueva York: Columbia University Press, 1940] n° 66.

dro, sólo quedaba con vida su hermanastro Arrideo, deficiente mental. Por consiguiente, era inevitable el establecimiento de una regencia. La cuestión era quién debía ejercer esa regencia y en nombre de quién debía hacerlo.

Entre los macedonios presentes en Babilonia corrían todo tipo de especulaciones respecto a los deseos de Alejandro en lo concerniente a su sucesión, pero lo único que se sabía de cierto era que en su lecho de muerte había entregado su sello a su principal ministro, Perdicas. No es de extrañar que éste tomara la iniciativa y propusiera que no se tomara ninguna decisión hasta que naciera el hijo de Roxana. La guardia personal de Alejandro y la caballería apoyaron la propuesta de Perdicas. Pero la infantería macedonia no estaba por la labor. En vista de que seguía reinando la incertidumbre en materia de sucesión e irritados ante la perspectiva de que el heredero fuera un príncipe medio iraní, si es que Roxana daba a luz un hijo varón, se amotinaron y exigieron que Arrideo fuera nombrado rey.

Por un instante se hizo palpable la amenaza de guerra civil entre la infantería y la caballería macedónicas, pero en el último momento se evitó gracias a un extraño compromiso. Se decidió que el hijo de Roxana, si era varón, y Arrideo reinaran conjuntamente. Una vez satisfechas sus exigencias de contar con un rey macedonio, la infantería abandonó la rebelión y se quedó impasible viendo cómo Perdicas prendía y ejecutaba a sus cabecillas. Cuando al poco tiempo Roxana dio a luz a su hijo, el recién nacido y Arrideo fueron proclamados reyes con los nombres de Alejandro IV y Filipo III. Parecía que la crisis había concluido de forma casi tan repentina como había comenzado. Pero los hechos demostrarían que Alejandro había dicho la verdad cuando pronosticó que se iban a realizar unos grandes «juegos fúnebres» ante su cadáver.

La lucha por el imperio de Alejandro —los juegos fúnebres pronosticados por él— duró de hecho casi medio siglo. Las esperanzas de mantener intacto su vasto imperio, por seductoras que fueran, resultaron ser una vana quimera. Los repetidos intentos de los «sucesores» de Alejandro de mantener unido el imperio fracasaron debido a las coaliciones que fueron haciendo sus rivales. Cuando por fin en 280 a. C. murió el último de ellos, la visión de un gran imperio único que ocupaba toda la zona comprendida entre el Mediterráneo y la India se había desvanecido. En su lugar se veían los primeros atisbos de un nuevo sistema político que sería dominado por tres reinos gobernados por sendas dinastías macedonias: la de los Ptolomeos, cuyo reino comprendía Egipto, Palestina, Libia y Chipre; la de los Seléucidas, cuyo territorio abarcaba la mayor parte del Oriente Próximo y Medio; y la de los Antígónidas, que reinaban en Macedonia y en el norte de Grecia. Esta solución formaría el marco en el que se desarrollaría la vida política y social de Egipto y el Asia occidental durante más de dos siglos. Facilitaría además el desarrollo de una cultura muy dinámica que sentaría las bases de buena parte de la vida cultural de la Antigüedad y de la Edad Media.

LA REGENCIA DE PERDICAS

La enorme extensión del mundo helenístico y la insuficiencia de las fuentes confieren a su historia un carácter caleidoscópico que hace que resulte muy difícil una labor de síntesis. Las fuentes, sin embargo, no dejan lugar a dudas y es evidente que lo que estaba en juego en Babilonia durante el turbulento verano de 323 era más que la simple determinación de la identidad del sucesor de Alejandro. Había que tomar decisiones tam-

bién respecto a los objetivos del nuevo gobierno imperial. El reinado de Alejandro se había caracterizado por las conquistas y la expansión, y no había indicios de que esa política fuera a ser modificada. Todo lo contrario: incluso durante su última enfermedad, Alejandro siguió haciendo planes para la invasión de Arabia que tenía proyectada. A su muerte, el regente Perdicas afirmó que había encontrado entre los papeles del rey planes de proyectos aún más grandiosos, entre ellos la conquista de Cartago y la construcción de una tumba para Filipo II del tamaño de la gran pirámide de Khufu en Gizeh (Egipto).

Había que tomar una decisión respecto a todos estos proyectos, y Perdicas no tenía la menor duda de cuál debía ser dicha decisión. Expuso ante una asamblea del ejército macedonio celebrada en Babilonia los planes más extravagantes y ambiciosos de Alejandro y pidió su parecer a los soldados. Agotados por años y años de arduas campañas y temerosos de no volver a ver Macedonia nunca más, los soldados dieron la respuesta que Perdicas esperaba y exigieron el abandono de los planes de Alejandro. La fantástica carrera de conquistas iniciada cuando Alejandro cruzó el Helesponto diez años antes había llegado a su fin. La fase de expansión imperial había concluido. Había llegado el momento de consolidar la dominación macedónica y de gozar de los frutos de la victoria, o al menos eso pensaban los soldados.

Una vez resuelta la cuestión sucesoria, Perdicas actuó con rapidez para dar forma a su regencia. El primer punto del orden del día era nombrar nuevos titulares de las satrapías del imperio. Haciendo gala de su carácter anacrónico, las fuentes destacan las satrapías concedidas a los hombres que dominarían los acontecimientos durante las décadas siguientes: Capadocia fue asignada a Fumenes, Egipto a Ptolomeo, Tracia a Lisímaco, y la mayor parte de Anatolia occidental a Antígono Monofthalmo. Sin embargo, Capadocia todavía no había sido conquistada. Egipto siguió en manos del usurpador Cleómenes de Náucratis, famoso por su corrupción, mientras que la satrapía de Tracia estaba vacante y buena parte de su territorio se había perdido a raíz de la sublevación de sus habitantes. No es de extrañar. Después de la crisis vivida en Babilonia, Perdicas no podía permitirse el lujo de enemistarse con los poderosos sátrapas macedonios de Asia si quería sobrevivir, y sus nombramientos respondieron a esa necesidad.

La misma cautela y la misma actitud conciliatoria puede apreciarse también en los planes trazados por Perdicas para la organización de la propia regencia. El imperio debía ser gobernado en nombre de los reyes por tres hombres: Antípatro, el estratega de Alejandro en Europa; Crátero, el mariscal de campo más destacado durante los últimos años del reinado de Alejandro y, según los planes de éste, presunto sucesor de Antípatro en Europa, que fue nombrado *prostatēs* (protector) de los reyes; y naturalmente Perdicas. El eventual peligro de ruptura de la unidad macedonia que comportaba el proyecto de Alejandro de destituir a Antípatro en Europa fue conjurado, y los dos enemigos potenciales más poderosos de Perdicas se convertían en aliados suyos en el gobierno conjunto del imperio. Antípatro, por su parte, respondió a la manera típicamente macedonia, esto es intentando cimentar la nueva alianza casando a sus hijas con Perdicas y Crátero.

Apenas se había formado la regencia cuando la posición de Perdicas empezó a derumbarse. Estallaron varias revueltas en los extremos oriental y occidental del imperio. Los súbditos asiáticos de Alejandro habían permanecido como espectadores pasivos de la crisis desencadenada a su muerte; pero no así los griegos. Los colonos y las guarniciones helénicas de Asia central fueron los primeros en sublevarse. Bactria se convertiría en sede de un importante reino griego que ejercería una notable influencia en la cul-

tura del Asia central y la India. Pero las glorias del helenismo bactriano se reservaban para el futuro. En 323 los colonos y los soldados griegos de las guarniciones dejadas en la zona por Alejandro entendieron que se trataba de un destierro insoportable, y al tener noticia de su muerte, 23.000 de ellos se amotinaron y emprendieron el regreso a la patria. La reacción de Perdicas no se hizo esperar y fue decisiva. Pitón, miembro de la guardia real, cortó el paso a los rebeldes y aplastó la revuelta, obligando a los supervivientes a regresar a sus puestos en Bactria. Casi al mismo tiempo que se producía la revuelta de Bactria, los griegos de Europa se sublevaron y protagonizaron una rebelión más seria, que por un momento pareció poner en peligro la supervivencia de la dominación de Grecia por los macedonios.

Al igual que la sublevación de los griegos de Bactria, las raíces de la de los europeos se hundían en la situación creada durante los últimos años del reinado de Alejandro. El decreto aprobado por éste en 324, en el que ordenaba el regreso a la patria de los desterrados griegos, puso en peligro el gobierno de muchas ciudades de la Hélade debido a los trastornos sociales y políticos que se produjeron cuando grandes cantidades de antiguos ciudadanos volvieron a sus patrias y exigieron la devolución de sus bienes. Al mismo tiempo, el edicto del propio Alejandro ordenando a sus sátrapas que licenciaran a sus tropas de mercenarios había creado un mercado de soldados bien adiestrados al alcance de cualquier comprador, dispuestos a pelear por el primero que estuviera en condiciones de pagarles. Los cabecillas de la rebelión fueron Atenas y Etolia, los dos estados cuyos intereses se vieron más amenazados por el decreto de los desterrados. Una década de reformas económicas diseñadas y ejecutadas por el aristócrata de tendencias conservadoras Licurgo había restaurado la potencia fiscal y naval de Atenas. Con los nuevos recursos financieros de los que disponía, Atenas contrató un ejército de mercenarios y movilizó la fuerza naval más poderosa organizada por la ciudad desde la época de la Guerra del Peloponeso.

Al principio dio la impresión de que los griegos tenían la victoria al alcance de la mano. Cogido por sorpresa por las tropas enemigas, que superaban numéricamente a las suyas, Antípatro se vio obligado a refugiarse en la ciudad tesalia de Lamia, de donde procede el nombre con el que se conoce este episodio, Guerra Lamiaca (323-322 a. C.). Mientras las tropas griegas sitiaban Lamia, la flota ateniense dominaba el Egeo. Pero los acontecimientos se volvieron inexorablemente en contra de los helenos. El general ateniense Leóstenes, el responsable de la organización del ejército mercenario de los aliados, murió en el campo de batalla, y la escuadra ateniense sufrió una derrota aplastante cerca de la isla de Amorgos. Mientras tanto, la llegada de refuerzos macedónicos procedentes de Asia permitió a Antípatro escapar de Lamia y aplastar a los rebeldes griegos en Cranón, Tesalia, en 322. A diferencia de los de Bactria, los griegos europeos no tendrían un futuro glorioso que compensara el fracaso de su rebelión. Antípatro decidió que no hubiera más sublevaciones. La Liga de Corinto fue disuelta y con ella fue eliminado cualquier vestigio de la ficción, tan cuidadosamente mantenida por Filipo II y Alejandro, de que los griegos eran aliados y no súbditos de Macedonia.

Como es natural, el castigo más severo recayó sobre la principal instigadora de la rebelión, Atenas. Demóstenes y otros destacados políticos antimacedonios fueron apresados y ejecutados, o se suicidaron. Los grandes pilares de la democracia ateniense —la elección de los magistrados por sorteo, la remuneración de los cargos públicos, y el derecho de ciudadanía del que gozaban todos los atenienses— fueron abolidos. Doce mil atenienses, más de la mitad del conjunto de los ciudadanos, no cumplían con los requi-

sitos económicos necesarios para obtener los derechos de ciudadanía y los perdieron. Por primera vez en casi un siglo, Atenas fue gobernada por una oligarquía organizada por un gobierno extranjero y sostenida por una guarnición igualmente extranjera.

La muerte de Perdicas

A diferencia de los atenienses, los etolios se libraron de la cólera de Antípato, pues las inquietantes noticias que le llegaron acerca de las actividades de Perdicas obligaron a Antípato y sus aliados a dirigir su atención a Asia. Mientras Antípato y Crátero estaban ocupados en la Guerra Lamíaca, Perdicas intentaba infructuosamente imponer su autoridad sobre los sátrapas de Asia. En 322 a. C., Antígono Monofalmo, sátrapa de Frigia, desafió primero la orden del regente de ayudar a Éumenes a hacerse con el control de su satrapía de Capadocia, y después huyó a Macedonia. Pero lo peor es que Antígono llevó a Macedonia la desconcertante noticia de que Perdicas estaba negociando con Olímpade su matrimonio con Cleopatra, la hermana de Alejandro, pese a haber prometido que iba a casarse con una hija de Antípato. La noticia de Antígono hizo que Antípato se sintiera ultrajado y rompiera el acuerdo alcanzado para la regencia. Pero la chispa que encendió la primera guerra entre los sucesores de Alejandro la hizo estallar Ptolomeo, que cortó el paso al rico cortejo fúnebre que transportaba a Macedonia los restos mortales de Alejandro para ser enterrados allí y lo obligó a dirigirse a Egipto. Al actuar así, Ptolomeo quizá pensara que no estaba haciendo más que cumplir con los deseos del propio Alejandro, pues existen testimonios de que éste quería ser enterrado en Siwah, cerca del santuario de su padre divino, Amón. En cualquier caso, Perdicas no podía pasar por alto una ofensa tan directa y tan humillante a su autoridad. En 321, pues, marchó con todas sus fuerzas contra Ptolomeo, pero su invasión de Egipto se vio frustrada cuando éste abrió las compuertas de las presas que canalizaban el Nilo e inundó toda la parte oriental del Delta, ahogando de paso a miles de soldados de Perdicas. En la guerra, como en todo, la oportunidad tiene una importancia capital. Los oficiales de Perdicas, desmoralizados por la derrota y seducidos por las promesas de Ptolomeo, asesinaron a su comandante. Poco después de la muerte de Perdicas llegó un mensajero con la noticia de que Crátero había muerto y de que el aliado de Perdicas, Éumenes, había derrotado en Anatolia a las tropas enviadas con él por Antípato en ayuda de Ptolomeo.

Poco después de la muerte de Perdicas, los vencedores se reunieron en Triparadiso de Siria para reorganizar la regencia. Las decisiones que tomaron fueron pocas, pero significativas. Antípato sustituyó a Perdicas como regente de los reyes, y volvieron a repartirse las satrapías. Algunos sátrapas, como Ptolomeo y Lisímaco estaban demasiado firmemente asentados en su puesto como para ser tocados. No obstante, los parientes y aliados de Perdicas que ocupaban alguna satrapía fueron sustituidos por individuos carentes de lazos que los unieran con el anterior regente, como por ejemplo Seleuco, que fue designado sátrapa de Babilonia. El golpe más duro se reservó para Éumenes, el único de los grandes sátrapas que era griego y además el más estrecho aliado de Perdicas; fue condenado a muerte. Al mismo tiempo, Antípato recompensó a Antígono Monofalmo con el cargo de estratega de Asia por avisarle de las ambiciones de Perdicas. Le encomendó además la tarea de detener a Éumenes y a los partidarios de Perdicas que aún quedaban vivos. Una vez completada la reorganización del gobierno, Antípato re-

gresó a Macedonia con los dos reyes. Por primera vez desde que Alejandro cruzara el Helesponto más de diez años antes, un monarca iba a ocupar el palacio real de Pella.

A primera vista, fue poco lo que cambió en Triparadiso. El imperio seguía intacto. La monarquía de los Argéadas continuaba en las personas de Filipo III y Alejandro IV. Sólo parecía haber cambiado la identidad de su regente y de algunos sátrapas. No obstante, esa apariencia de continuidad era engañosa. La lealtad de los macedonios a la monarquía Argéada quizá siguiera siendo firme, pero la arraigada hostilidad de la aristocracia macedonia al poder real volvió a aflorar a la muerte de Alejandro. Perdicas no había logrado imponer la autoridad de los reyes. Antípatro, que ya era viejo y además había sentido un gran recelo del carácter cada vez más autocrático asumido por Alejandro, probablemente ni siquiera lo intentara. Además, al llevarse consigo a los reyes a Macedonia, había dejado bien claro que, según su visión del imperio, este país era fundamental, y de paso había eliminado cualquier reparo que la presencia de los reyes pudiera imponer a los sátrapas de Asia. La persona mejor situada para explotar la nueva situación era Antígono Monofthalmo, cuya posición como estratega de Asia le otorgaba el control absoluto de las tropas y los recursos reales en Asia y además le daba completa libertad para usarlos como le pareciese.

LA SUPREMACÍA DE ANTÍGONO MONOFTHALMO

Antígono alcanzó la supremacía en Asia rápidamente. En poco menos de un año logró acabar con los aliados de Perdicas que aún quedaban en Anatolia, expulsó a Eumenes de su satrapía de Capadocia y le puso sitio en la fortaleza de Nora, en Anatolia central. Las decisiones tomadas en Triparadiso parecían a punto de verse cumplidas, cuando la repentina muerte de Antípatro en 319 a. C. precipitó el comienzo de un nuevo *round* del combate librado por los sucesores de Alejandro. El hijo de Antípatro, Casandro, se negó a aceptar al nuevo regente de los reyes elegido por su padre, Poliperconte, y huyó a reunirse con Antígono. Antígono, Casandro, Ptolomeo y Lisímaco formaron inmediatamente una gran alianza contra el nuevo regente.

La lucha duraría tres años y acabaría con el hundimiento completo de la causa de la monarquía tanto en Europa como en Asia. Cuando quedó patente que Casandro llevaba las de ganar, Poliperconte pidió ayuda desesperadamente a Olímpade. A falta de varones competentes en la familia, las mujeres de la casa de los Argéadas encarnarían cada vez con más claridad ante los ojos de los macedonios el carisma y la energía de Filipo II y Alejandro. La entrada en escena de Olímpade dio nuevas alas a la causa de Poliperconte, aunque fuera a costa de acabar con la monarquía dual. Su pasión unilateral por la causa de su nieto, Alejandro IV, obligó a Eurídice, hija de Amintas IV y esposa de Filipo III, a reconocer los derechos de Casandro a convertirse en regente de su marido, aunque no le valiera de nada. En 317 las dos reinas acabaron poniéndose a la cabeza de sendos ejércitos y enfrentándose en el campo de batalla. Olímpade aplastó primero a su rival, Eurídice, y luego ordenó la ejecución de ésta y de Filipo III.

Pero el triunfo de Olímpade fue breve. Seis meses más tarde corrió la misma suerte que Eurídice, dejando a su nieto y a Macedonia en manos de Casandro. Aparentemente, Casandro pretendía sólo convertirse en regente de Alejandro IV, pero la realidad era muy distinta. Casandro era el nuevo dueño de Macedonia y no tardó en consolidar su poder. El rey niño y su madre, Roxana, fueron confinados en Anfípolis, para no aparecer

nunca más en público. Mientras tanto, Casandro intentó legitimar el poder que detentaba casándose con la hermanastra de Alejandro, Tesalonice.

Las primeras acciones de Casandro no dejan lugar a duda respecto a la naturaleza del nuevo orden impuesto en Macedonia y Grecia. La tradición macedónica otorgaba a los reyes la prerrogativa de fundar ciudades y ponerles su nombre o el de los miembros de su familia, y Casandro fundó dos de esas ciudades. Una se llamó Tesalonice, como su nueva esposa, y la otra, situada en el lugar que ocupara Olinto, se llamó Casandria, en honor suyo. Además ordenó la restauración de Tebas, la ciudad cuya destrucción había marcado el comienzo de la dominación de Alejandro en Grecia. El régimen de Alejandro Magno y su familia había pasado a mejor vida; el de sus sucesores acababa de nacer.

Una suerte parecida corrió la causa de la monarquía en Asia. Aunque el antiguo secretario de Alejandro, Éumenes, resultó inesperadamente ser un estratega brillante, al final sus dotes militares no bastaron para salvarlo. Aislado de Europa, Éumenes recibió un apoyo poco generoso de los sátrapas asiáticos, que lo despreciaban y lo consideraban un griego advenedizo. No obstante, logró esquivar la derrota durante tres años, hasta que sus propios soldados lo traicionaron en 316 y lo entregaron a Antígono, que ordenó inmediatamente la ejecución de aquel adversario tan rico en recursos.

En Asia sucedió lo que en Europa: una victoria obtenida en nombre de los herederos de Alejandro dio paso a la usurpación de los derechos de los Argéadas. Muerto Éumenes, Antígono sustituyó a los partidarios que tenía entre los sátrapas de Asia por otros que le fueran leales a él. Selénco pensó que le convenía abandonar Babilonia y se refugió con Ptolomeo. Aunque oficialmente no era más que estratega de Asia en nombre de Alejandro IV, Antígono controlaba de hecho los vastos dominios asiáticos del rey niño con tanta seguridad como Casandro los europeos.

La «libertad» de los griegos

La transformación de Antígono en la potencia dominante en Asia desestabilizó además la alianza que había acabado con la regencia e hizo que la reanudación de la guerra fuera inevitable. Enseguida quedó patente la nueva alineación de fuerzas. A su regreso de Fenicia en 315, Antígono recibió un ultimátum de sus aliados, que le exigían compartir con él el tesoro y los territorios de los que se había adueñado. Como cabría esperar, Antígono rechazó el ultimátum y respondió con oro por el que exigía a sus rivales reconocer el principio de que todos los estados griegos debían recuperar la libertad y la autonomía. Como han señalado todos los historiadores antiguos y modernos, estos dos ultimátums contrapuestos no eran más que propaganda cuya única finalidad era quedar bien en el terreno diplomático e intentar ganarse el apoyo de los macedonios, mientras que tanto unos como otros se preparaban para la guerra. Pero la invocación al principio de la libertad de los griegos que hacía Antígono iba dirigida a un público distinto: los griegos.

La reafirmación por parte de Antígono del principio de la libertad de los griegos ha sido objeto de muchas discusiones. Los especialistas han señalado justamente que Antígono no concedió nunca la libertad a la ciudades griegas que tenía bajo su control y, por lo tanto, han llegado a la conclusión de que su apoyo a la libertad de los griegos era mera propaganda. Sin embargo, era una propaganda que Antígono tenía buenas razones para creer que hallaría gran resonancia en Grecia.

Los griegos estaban entregados en cuerpo y alma a la independencia de sus polis, y los monarcas macedonios no habían encontrado la manera de resolver el problema de conciliar el afán de independencia de los griegos con el mantenimiento del control de las ciudades situadas en sus territorios. Después de la Guerra Lamíaca, la nueva política instaurada por Antípato y Casandro de controlar las ciudades griegas directamente a través de gobiernos títeres respaldados por guarniciones militares hacía que el tema resultara particularmente delicado. La consecuencia sería inevitable: la intensificación del resentimiento contra la dominación macedónica. Ya en 319, Atenas se había sublevado en respuesta a la promesa que previamente le había hecho Poliperconte de que iba a restaurar la democracia y a devolver la libertad a los griegos. Antígono esperaba que su declaración de apoyo a la libertad de los griegos tuviera unas repercusiones análogas entre los demás súbditos helenos igualmente decepcionados de Casandro cuando llevara a cabo la invasión de Macedonia que tenía proyectada.

Aunque Antígono siguió haciendo preparativos para la guerra durante 314 y 313, la invasión de Macedonia nunca se materializó. Se enfrentó al mismo problema táctico al que se había enfrentado Perdicas casi diez años antes: atacar a un enemigo y tener que defenderse al mismo tiempo de otro por la retaguardia. Y como ocurriera entonces, también todos sus esfuerzos fracasaron. Antes de que pudiera pasar a Europa para enfrentarse con Casandro, Ptolomeo infligió una derrota total en Gaza (312 a. C.) a su hijo Demetrio, que se había quedado guardando el flanco sur de su padre. Ptolomeo remató la faena ayudando a Seleuco a regresar ese mismo año a Babilonia, desde donde inmediatamente empezó a incitar a los demás satrapas orientales a que hicieran defección. En vista de que los frentes del este y del sur se le venían abajo, Antígono no tuvo más remedio que firmar la paz con sus antiguos aliados, y así lo hizo en 311 a. C.

La Paz de 311 representaba la admisión por parte de Antígono de que, al menos temporalmente, sus ambiciosos planes de hacerse con el control de todo el imperio de Alejandro habían fracasado. Los términos del propio tratado revelan la magnitud de su fracaso: Casandro debía permanecer como estratego en Europa hasta la mayoría de edad de Alejandro IV, Antígono seguiría como estratego de toda Asia, Ptolomeo y Lisímaco conservaban sus satrapías, y las ciudades griegas recuperaban la libertad. A cambio de la promesa de apoyar el principio de la libertad de los griegos que ni él ni sus adversarios tenían intención alguna de cumplir, Antígono retiraba todas las exigencias —mucho más sustanciosas— que había plantado a sus enemigos en Tiro y se avenía a que el imperio siguiera dividido, tal como estaba al comienzo de la guerra.

Documento 12.1 Carta de Antígono Monofalmo a Ecepsis (311 a. C.)

La importancia del tema de la «libertad de los griegos» durante las guerras de los sucesores de Alejandro se ve reflejada en esta carta, enviada por Antígono Monofalmo a los ciudadanos de Ecepsis, en el noroeste de Anatolia, poco después de la firma de la paz de 311 a. C., y conservada en una inscripción descubierta en la propia ciudad.

... mostramos gran celo respecto a la libertad de los griegos, haciendo por ello concesiones nada despreciables y, por si eso fuera poco, repartiendo dinero. Para ello enviamos juntos a Esquilo y a Demarco. Mientras hubo acuerdo en este sentido, participamos en la

conferencia del Helesponto, y, de no ser por la intromisión de algunos, la cuestión habría quedado zanjada entonces. Pues bien, como Casandro y Ptolomeo estaban discutiendo una tregua y como Pepalao y Aristodemo vinieron también a hablar con nosotros del asunto, aunque entendíamos que ciertas exigencias de Casandro eran bastante onerosas, puesto que estábamos de acuerdo en lo concerniente a los griegos, pensamos que era preciso pasar por alto esa cuestión, con tal de resolver lo principal cuanto antes. Nos habría parecido buena cosa que todo se hubiera arreglado para los griegos según nuestros deseos, pero como las negociaciones se habrían alargado demasiado y teniendo en cuenta que con los retrasos pasan a veces muchas cosas inesperadas, y como además deseábamos que la cuestión de los griegos se resolviera mientras aún viviéramos, vimos la necesidad de que los detalles no pusieran en peligro la solución del asunto principal. El celo que mostramos al respecto creo que os resultará evidente a vosotros y a todos los demás por el propio acuerdo alcanzado. Una vez arreglada la cuestión con Casandro y Lisímaco, para lo cual enviaron a Pepalao con poderes plenipotenciarios, Ptolomeo nos envió legados solicitando hacer una tregua también con él y ser incluido en el mismo tratado. Consideramos que no era poca cosa ceder en parte en una ambición por la que nos habíamos tomado no pocas molestias e incurrido en grandes gastos, y eso cuando además habíamos alcanzado un acuerdo con Casandro y Lisímaco y cuando lo que quedaba por hacer era más fácil. Sin embargo, como ... vimos que vosotros y las demás ciudades aliadas nuestras sufríais la carga de la guerra y los gastos que conlleva, pensamos que era buena cosa ceder y hacer una tregua también con él. Enviamos a Aristodemo, a Esquilo y a Hegesias para que redactaran el acuerdo. Ahora han vuelto con garantías, y el representante de Ptolomeo, Aristobulo, ha venido a recibir las nuestras. En el acuerdo hemos concluido que todos los griegos juren que contribuirán mutuamente a preservar su libertad y su autonomía, en la idea de que, mientras vivamos, dentro de lo que cabe esperar, serán protegidas, pero que después la libertad estará más segura para todos los griegos si tanto ellos como los hombres que ostenten el poder se hallan ligados por un juramento. Pues el hecho de que juren contribuir a respetar los términos del tratado que hemos firmado entre nosotros no nos parece ni deshonroso ni poco ventajoso para los griegos; por consiguiente, creo que lo mejor para vosotros es prestar el juramento que os hemos enviado. En el futuro intentaremos además proporcionáros a vosotros y a todos los demás griegos cualquier ventaja que esté en nuestra mano. ... Adiós.⁹⁸

La última jugada de Antígono

La Paz de 311 no fue una verdadera paz, sino una mera tregua en la lucha entre Antígono y sus enemigos, que ambos bandos utilizaron para rehacer sus fuerzas. Tras un intento fallido de expulsar de Babilonia a Seleuco (que no había sido incluido en la tregua), Antígono se vio obligado a firmar la paz con él en 308. Volvió entonces su atención hacia Occidente, donde intentó explotar las desavenencias entre Casandro y Ptolomeo. En 307, Demetrio, el hijo de Antígono, intervino en Grecia al frente de una importante fuerza expedicionaria con el mandato de «liberar a todas las ciudades griegas».

El éxito fue inmediato. Demetrio expulsó de Atenas a Demetrio de Fálero, nombrado gobernador por Casandro en 317, que tuvo que huir a Egipto; y restauró el gobierno

98. *Oriens Graeci Inscriptiones Selectae* (ed. W. Dittenberger, 2 vols., Leipzig, S. Hirzel, 1903-1905, n° 5), según trad. ing. de C. B. Welles, *Royal Correspondence in the Hellenistic Period*, Londres, Yale University Press, 1934, pp. 4-5.

democrático en la ciudad. Contando con una base segura en Grecia, Demetrio pasó a Chipre en 306, donde no tardó en socavar el poder que tenía Ptolomeo en la isla, concentrando la mayor parte de sus esfuerzos en una ciudad situada al sudeste de ella, Salamina. El sitio de Salamina fue el primero de los épicos asedios que con el tiempo harían a Demetrio ganarse el sobrenombre de Poliorcetes («Sitiador»). La caída de Salamina y del resto de Chipre puso a la isla en manos de los Antígónidas. Demetrio había logrado vengarse al fin de la humillación sufrida en Gaza a manos de Ptolomeo seis años antes. Pero lo más importante era que la posesión de Chipre daba a Antígono y a Demetrio una base valiosísima desde la cual su flota podía dominar todo el Mediterráneo oriental.

Los triunfos de Demetrio transformaron radicalmente el panorama político de los últimos años del siglo IV. Hasta ese momento ninguno de los sucesores de Alejandro se había atrevido a acabar con la farsa de que no era más que un representante del rey niño asesinado, Alejandro IV. En Egipto y en Asia los documentos siguieron fechándose por los años del reinado de Alejandro IV durante casi cinco años después de su muerte. Pero cuando la noticia de la victoria de Demetrio en Chipre llegó a oídos de Antígono y de sus soldados en Siria, todo esto cambió: las tropas proclamaron a Demetrio y a Antígono reyes de Macedonia. La coronación de Antígono y Demetrio anunciaba una nueva realidad: la sustitución de los Argéadas por una nueva dinastía.

El fundamento de las pretensiones de Antígono y Demetrio a la corona y la naturaleza de su monarquía son evidentes. Como los héroes de los poemas homéricos, los reyes macedónicos eran ante todo y sobre todo caudillos militares, y las fuentes no dejan lugar a dudas al respecto: la gloria de la victoria decisiva de Demetrio en Salamina justificaba la proclamación de su padre y de él mismo como reyes. Los monarcas de Macedonia reinaban sobre súbditos, no sobre territorios. Por consiguiente, Antígono y Demetrio no pretendían ser reyes del imperio de Alejandro ni de ningún otro territorio, sino pura y llanamente ser reyes. La extensión de su reino vendría determinada no por la geografía, sino por la historia, es decir, por la capacidad que tuvieran de someter a sus rivales.

La euforia de Antígono y Demetrio duró poco. En vez de intimidar a sus rivales, su adopción del título de rey tuvo el efecto contrario. Al cabo de un año Casandro, Lisímaco, Ptolomeo y Seleuco adoptaron también el título de «rey», poniendo de ese modo en entredicho las pretensiones de soberanía de Antígono y Demetrio sobre sus territorios. Además, su desafío no era sólo simbólico. En 305 a. C. Ptolomeo rechazó un intento de invasión de Egipto por parte de las tropas de Antígono. Un año más tarde se unió a Casandro y Lisímaco para hacer fracasar el segundo —y más famoso— gran asedio de Demetrio, el intento de tomar la ciudad de Rodas, gran aliada de Ptolomeo y la única potencia naval griega más o menos significativa que quedaba en el Mediterráneo oriental. El asedio duró todo un año. Las pretensiones de Antígono y Demetrio de ostentar el título de rey y su actitud agresiva dieron lugar a la alianza de sus enemigos y marcaron la reanudación de la lucha por el control del legado de Alejandro que se había interrumpido con la Paz de 311.

Como hiciera anteriormente, Antígono inició su campaña final por la supremacía entre los sucesores de Alejandro atacando las posesiones de Casandro en Grecia. En 303 a. C., Demetrio se apoderó rápidamente de Corinto y de gran parte del norte del Peloponeso, y empezó a organizar una nueva confederación del estilo de la Liga de Corinto creada por Filipo II casi cuarenta años antes. Pero antes de que Demetrio y su padre lograran hacer realidad sus planes, Casandro organizó un gran contraataque enviando a Lisímaco a Anatolia. Durante casi todo el año 302, Lisímaco esquivó los grandes es-

fuerzas realizados por Antígono para capturarlo, hasta que Seleuco se le unió en el invierno de 301. Ante la perspectiva de que se enfrentaba a todas luces a la batalla definitiva de su larga carrera, Antígono hizo venir de Grecia a Demetrio. En la primavera de 301 más de 100.000 hombres se enfrentaron en Ipsos, en el centro de Frigia, y esta vez la experiencia táctica de Antígono le falló. Al concluir la lucha, el octogenario veterano de las guerras de Filipo II y Alejandro yacía muerto en el campo de batalla, aplastado por los elefantes de Seleuco, mientras que su hijo Demetrio huía precipitadamente. Sus sueños imperiales habían quedado hechos añicos.

EL DOLOROSO PARTO DEL NUEVO ORDEN (301-276 A. C.)

Como ocurriera tras la muerte de Perdiccas, a la muerte de Antígono Monoftalmo se produjo la división de sus territorios asiáticos entre sus enemigos. Como Casandro había abandonado hacía ya tiempo cualquier interés por extender su poder fuera de Europa, fueron sus aliados Lisímaco y Seleuco los que se aprovecharon de la desaparición de Antígono. Lisímaco se quedó con toda la parte de Anatolia situada al norte del Tauro. El reino formado a raíz de este acuerdo era enorme, y se extendía desde el Danubio por el noroeste hasta los confines de Armenia por el este. En cuanto a Seleuco, añadió a sus vastos dominios en Babilonia e Irán el resto de los territorios de Antígono en Asia occidental, esencialmente las regiones costeras del sur de Anatolia, Siria, y Mesopotamia.

Nuevas alianzas

La división de Asia occidental en esos dos enormes estados limítrofes estaba condenada a trasladar el centro de interés de los macedonios hacia el oeste, a medida que las tensiones fueran creciendo en sus fronteras, y así habría sido, si no fuera porque se produjo un hecho imprevisto. El proyecto original de la campaña que desembocó en la batalla de Ipsos preveía una triple ofensiva contra Antígono, en la que Ptolomeo debía unirse a Lisímaco y Seleuco para la confrontación final. Pero Ptolomeo sólo llegó hasta el sur de Siria y desde allí regresó a Egipto. Antes de hacerlo, sin embargo, ocupó los territorios situados a lo largo de su recorrido: Judca, Fenicia y el sur de Siria. Reforzó además su posición aliándose con el vecino de Seleuco por el norte, Lisímaco. Dicha alianza quedó formalizada en 298 a. C. a la manera típica macedonia, es decir, con un intercambio de esposas que en el futuro tendría importantes consecuencias. Lisímaco se casó con la hija de Ptolomeo, Arsínoe, y el hijo menor de éste, el futuro Ptolomeo II, se casó con una hija de Lisímaco llamada también Arsínoe.

La ironía se mezclaba muchas veces con la historia. En vista de la alianza de Ptolomeo y Lisímaco, Seleuco buscó también un aliado y curiosamente lo encontró en Demetrio, el hijo de Antígono Monoftalmo, que había logrado escapar del campo de batalla de Ipsos y poseía un «reino» formado por la flota de su padre y un puñado de ciudades de Anatolia occidental, el Egeo, y Grecia, entre ellas los importantes puertos de Éfeso y Corinto. Una vez más parecía inminente el estallido de una guerra entre las alianzas formadas por los sucesores de Alejandro, pero en esta ocasión la ruptura de las hostilidades se haría esperar más de una década.

Creación de nuevos reinos y ciudades

El largo conflicto con Antígono había obligado a sus adversarios a retrasar los planes de desarrollo que tenían para sus propios reinos. Libres de esta preocupación a raíz de su muerte, se dedicaron a atender sus propios asuntos durante toda la década de 290. De ese modo Lisímaco, deseoso de asegurar su frontera norte, emprendió con éxito limitado una guerra contra los getas, pueblo que habitaba al otro lado del Danubio, al tiempo que fundaba o reorganizaba varias grandes ciudades en Anatolia occidental. La más importante de dichas ciudades fue Éfeso, que trasladó a un emplazamiento más próximo al mar y que rebautizó con el nombre de Arsinoea, en honor de su nueva esposa o, quizá, de su hija del mismo nombre. Como luego veremos, Ptolomeo emprendió durante esta época una gran labor de construcción, convirtiendo Alejandría en una capital digna de su reino. Sin embargo, el mayor constructor de este período fue Seleuco, que fundó numerosas ciudades y colonias militares en Siria, entre ellas su nueva capital, Antioquía, que levantó en el sitio en el que Antígono Monofthalmo situara la ciudad que llevaba su nombre, Antigonia, cerca de la desembocadura del Orontes.

Como los griegos que emigraron a Egipto y al Oriente Próximo y Medio se contaron por miles, las nuevas ciudades crecieron y prosperaron enseguida. Al final, Antioquía y Alejandría tenían una población de cientos de miles de habitantes y podían jactarse de poseer edificios públicos y comodidades de una grandiosidad desconocida en las ciudades de la antigua Grecia. Se sabe muy poco acerca de la Antioquía y la Alejandría de época helenística, aunque el reciente descubrimiento de importantes restos arqueológicos bajo las aguas del puerto de Alejandría promete revelar al fin algunas de las glorias de la antigua ciudad. Mientras tanto, podemos hacernos una idea de su esplendor y su prosperidad contemplando el yacimiento de Ai Khanum, probablemente Alejandría del Oxus, al norte de Afganistán, donde los arqueólogos franceses han descubierto una ciudad provista de amplias avenidas, mansiones elegantes, y todos los edificios públicos fundamentales de cualquier polis griega: templos monumentales, un gimnasio, un teatro y un ágora. La preocupación por los asuntos internos que caracterizó buena parte de la década que siguió a la muerte de Antígono concluyó, sin embargo, con las actividades emprendidas por su hijo, Demetrio.

La lucha final

A diferencia de otros sucesores de Alejandro, Demetrio Poliorcetes («el Sitiador») poseía un reino carente de base territorial, y pasó casi toda la década de 290 intentando poner remedio a este defecto. En 295 ocupó Atenas, y un año más tarde sus esfuerzos se vieron coronados por el éxito cuando logró apoderarse de Macedonia gracias a las disensiones surgidas entre los hijos de Casandro.

Pero el triunfo de Demetrio fue muy efímero. Aunque los otros reyes quizá hubieran transigido con su conquista de Macedonia, Demetrio consideraba este país únicamente una base desde la que lanzar un último ataque que le permitiera apoderarse de Asia. Antes de que lograra concluir los preparativos para la invasión de Asia, sus rivales asestaron el golpe. Mientras Ptolomeo daba apoyo a otra sublevación ateniense, Lisímaco se unió a Pírrro, rey de Epiro, y ocupaba Macedonia, obligando en 286 a Demetrio a iniciar prematuramente su campaña de Asia. El resultado sería inevitable. Enfrentado a unas fuer-

zas numéricamente superiores y enfermo, Demetrio no tuvo más remedio que resignarse con su suerte y rendirse a las fuerzas conjuntas de Seleuco y Lisímaco. En 283, el más brillante de los epígonos de Alejandro murió confinado en arresto domiciliario cerca de Antioquía.

Los vencedores de Demetrio no lo sobrevivieron mucho tiempo. Una dolorosa crisis sucesoria, a raíz de la cual Lisímaco ejecutó a su primogénito, Agatocles, acabó dividiendo la corte del rey tracio. Los partidarios de Agatocles huyeron junto a Seleuco y le pidieron que apoyara su causa, dando así pie a la reanudación de la lucha por el control del imperio de Alejandro entre sus últimos generales. Las tropas de los dos viejos monarcas —ambos tenían ya más de ochenta años— se enfrentaron a comienzos de 281 en Corupedio (el «Campo del Cuervo»), en Frigia. Al final de la lucha, Lisímaco yacía muerto en el campo de batalla y Seleuco parecía haber hecho al fin realidad el sueño que tanto había ilusionado a Perdicas, a Antígono Monoftalmo y a su hijo Demetrio: la unión de los sectores europeo y asiático del imperio de Alejandro.

En historia nunca puede pasarse por alto el factor suerte. Al cabo de un año, Seleuco había muerto asesinado por un hijo desterrado de Ptolomeo, Ptolomeo Cerauno («el Rayo»), al que había dado refugio. El momento de gloria de Cerauno también pasó rápidamente. Al cabo de poco más de un año, en 279, murió intentando frenar la invasión de Macedonia por los galatas. Pueblo celta cuya emigración desde su lugar de origen, la Europa occidental, había comenzado a principios del siglo IV a. C.; los galos aprovecharon el caos provocado en Macedonia por la muerte de Lisímaco e invadieron Macedonia y el norte de Grecia hasta Delfos.

A pesar de los horrores que comportó, la irrupción de los galatas no fue más que un episodio aislado de la historia de la Grecia europea, pero tuvo graves consecuencias. Aunque los galatas no tardaron en trasladar su terror a Anatolia, dos grupos de merodeadores sufrieron sendas derrotas humillantes en Delfos y Lisimaquia a manos de los etolios y de Antígono Gónatas («Rodilla»), el hijo de Demetrio, que desde la muerte de su padre, casi diez años antes, había logrado conservar, aunque de forma harto precaria, las pocas posesiones que les quedaban a los Antigónidas en Grecia. Las victorias obtenidas sobre los galatas cambiaron la posición de los etolios y de Antígono, legitimando la transformación de los primeros en la primera potencia de la Grecia central y en protectores de Delfos, y la proclamación del segundo como rey de Macedonia. Las últimas piezas del nuevo sistema político que con tanta lentitud y tantos sufrimientos surgió del naufragio del imperio de Alejandro entraban por fin en juego.

EL LUGAR DE LA POLIS EN LA COSMÓPOLIS

Aunque la creación de los nuevos reinos macedonios cambió el carácter y la configuración del mundo conocido por los griegos, un aspecto de la vida helénica permaneció en gran medida inalterable: la polis siguió constituyendo el marco básico de la vida de la mayor parte de los griegos. Antiguas polis como Atenas, Siracusa y Éfeso experimentaron un crecimiento y una prosperidad notables. Al mismo tiempo, la incidencia de la guerra entre las polis desapareció casi por completo, y la solución pacífica de los conflictos internacionales a través del arbitraje se convirtió casi en algo rutinario. Incluso el típico particularismo de la polis clásica se vio superado en parte por la aparición de las Ligas Etolia y Aquea. Éstas lograron formar unos estados federales fuertes, capaces

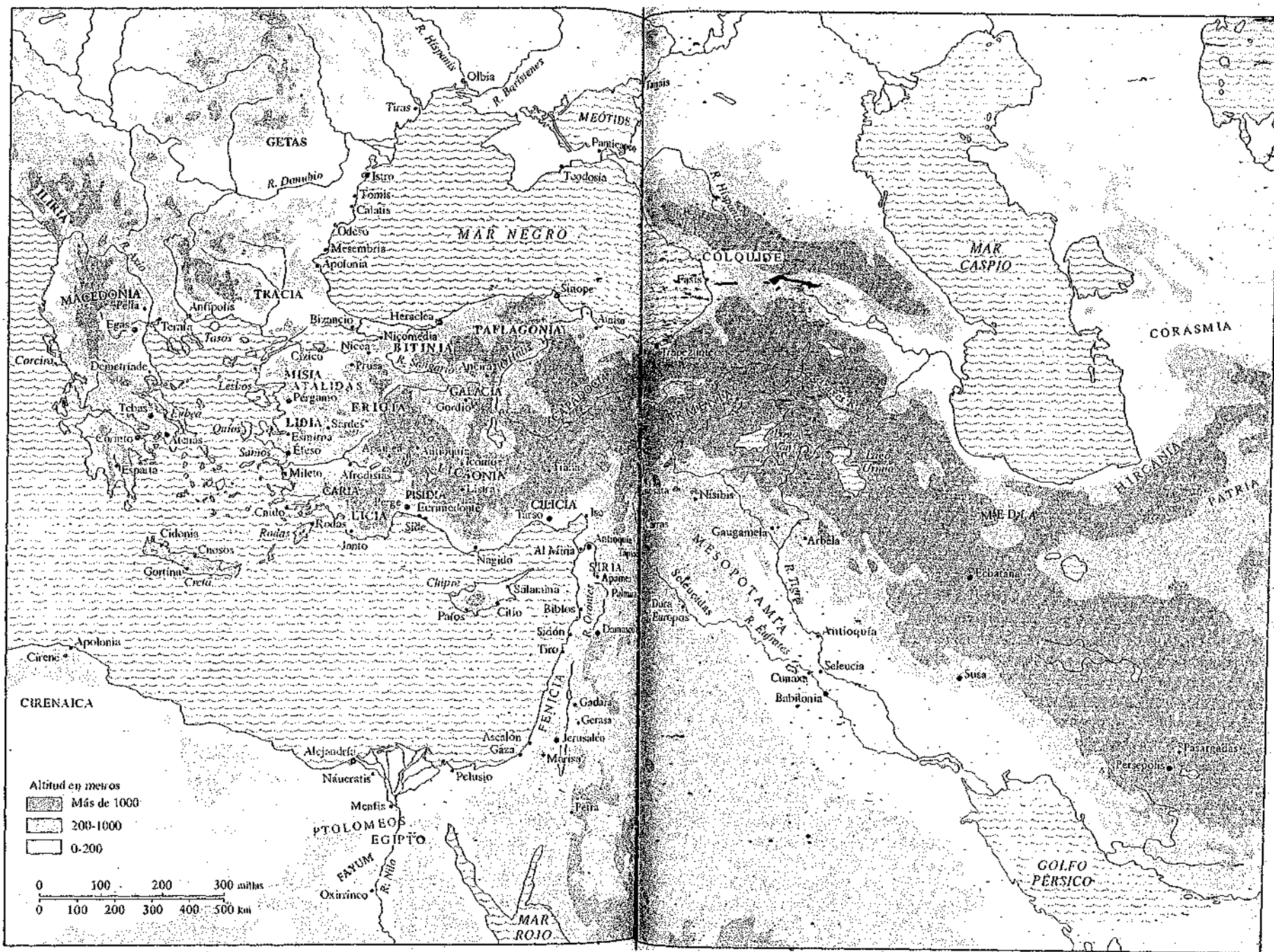


FIGURA 12.3. El mundo helenístico.

de tratar más o menos en pie de igualdad con Macedonia y los demás reinos macedónicos, ampliando el número de sus miembros hasta incluir entre ellos a ciudades situadas fuera de su sede original en la Grecia central y en el norte del Peloponeso. A diferencia de las ligas enfrentadas de Atenas y Esparta de la época clásica, las ligas federales del período helenístico serían evocadas como modelo por defensores del federalismo de época posterior como, por ejemplo, los intelectuales de la América revolucionaria del siglo XVIII.

Al mismo tiempo, las tendencias políticas aparecidas ya durante el siglo IV a. C. se intensificaron en los siglos que siguieron a la muerte de Alejandro. Aunque nominalmente la democracia se convirtiera en el régimen de gobierno habitual en las ciudades griegas, la democracia propiamente dicha perdió gran parte de su contenido, pasando a significar poco más que la ausencia de tiranía. En realidad, el papel del ciudadano medio en el gobierno fue disminuyendo progresivamente, y los asuntos eran manejados entre bastidores por oligarquías aristocráticas. Aunque las numerosas inscripciones que atestiguan su generosidad y los servicios públicos prestados documentan el patriotismo de estos nuevos líderes, instituciones capitales de la vida de la polis tales como las asambleas populares y los consejos elegidos democráticamente experimentaron una decadencia imparable, a medida que las polis pasaban a depender cada vez más de la ayuda de esos personajes que las salvaban de las constantes crisis financieras y diplomáticas.

Atenas y Esparta

Como es habitual, Atenas y Esparta constituyeron una excepción a la tendencia política predominante. Aunque su democracia no fue restaurada plenamente nunca, Atenas siguió siendo el centro cultural de Grecia y conoció una prosperidad notable. El tono de la cultura de la Atenas helenística era muy distinto del de la ciudad de los siglos V y IV. Ese cambio resulta particularmente visible en el drama, la principal forma literaria ateniense. Las grandes tragedias y la mordacidad de las comedias políticas de la época clásica fueron sustituidas por un género más ligero conocido con el nombre de Comedia Nueva. Las amables y plácidas obras de Menandro (344-ca. 292 a. C.), que reflejan el nuevo ordenamiento político y los intereses de su público de clase alta, constituyen los exponentes más representativos que se han conservado de este género literario.

Menandro había sido discípulo de Teofrasto, el director del Liceo a la muerte de Aristóteles. Fue también amigo de Demetrio de Fálero, discípulo como él de Teofrasto, al que Casandro nombró gobernador de Atenas en 317. Los historiadores no tienen inconveniente en afirmar que las obras de Menandro ofrecen un testimonio histórico fiable: un sabio alejandrino llegó a escribir: «¡Oh Menandro! ¡Oh vida! ¿Cuál de los dos ha imitado al otro?». Todas las obras de Menandro se sitúan en su época y presentan un mundo griego lleno de mercenarios sin trabajo en busca de botín y de aventuras, de ciudadanos empobrecidos que viven al lado de otros extraordinariamente ricos, de cortesanas y alcahuetes, de jóvenes derrochadores, y de respetables señoritas cuyo único destino es el matrimonio. Los personajes de Menandro se hallan completamente inmersos en su mundo privado, como si estuvieran hartos de la guerra y de los disturbios políticos.

En la Comedia Nueva aparecen esclavos por doquier y, de hecho, según el censo de la población de Atenas realizado por Demetrio, en la ciudad había 21.000 ciudadanos.



FIGURA 12.4. La Fortuna (*Tychē*), personificada como diosa tocada con una corona que representa las murallas de una ciudad, fue un motivo habitual de la escultura helenística. Esta estatuilla romana de bronce reproduce la gran escultura en la actualidad perdida de la Tyche de la ciudad de Antioquía, obra de Eutíquides.

10.000 metecos y 400.000 esclavos (contando los que trabajaban en las minas). Aunque el número de esclavos sea exagerado, la proporción de la población servil respecto de la libre debía de ser extraordinariamente alta. Es indudable que los veinticinco años de campañas habían reducido a la esclavitud a muchas personas. Además, los tratantes de esclavos más emprendedores se aprovechaban de la costumbre de exponer a los hijos no deseados. Durante la época helenística, el abandono de los recién nacidos, sobre todo niñas, constituía un medio perfectamente aceptable de hacer frente a la inseguridad de la vida. La exposición de niños es el argumento de varias comedias de Menandro (aunque la literatura atribuye a las criaturas abandonadas un destino más afortunado del que normalmente les aguardaba en la vida real). Curiosamente, la principal divinidad de la Comedia Nueva es la *Tychē*, la Fortuna, emblema que se compadece perfectamente con este período tan caótico.

El ambiente enrarecido de la época se pone de manifiesto también en los nuevos desarrollos experimentados por la filosofía. Aunque tuvieran mucho que decir a la gente sencilla, tanto a hombres como a mujeres, y sigan siendo estudiadas en la actualidad con gran interés por personas de clase social y económica muy distinta, las doctrinas de los

filósofos clásicos como Platón o Aristóteles iban dirigidas a varones ricos que disponían de tiempo libre y estaban interesados en perfeccionar su actividad política en el marco de las polis autónomas. Las filosofías helenísticas, en cambio, pretendían ayudar a la gente a enfrentarse a un mundo sobre el que ejercían un control muy escaso.

Como los establecimientos de Platón y Aristóteles, también en Atenas florecieron dos de las escuelas más importantes del pensamiento helenístico, el escepticismo y el epicureísmo. Nacido en Citio, en la isla de Chipre, Zenón (335-263 a. C.), el fundador del estoicismo, fue amigo de Antígono Gónatas y pasó muchos años en Atenas, donde impartía sus enseñanzas en la terraza llamada Stoa Poikile («Pórtico de las Pinturas»). De ahí que sus seguidores fueran llamados estoicos («los del Pórtico»).

La filosofía de Zenón reflejaba las realidades del nuevo ordenamiento político. Según Zenón, la tierra estaba en el centro del universo y Zeus era su primer motor. Del mismo modo que los movimientos cósmicos no cambian nunca y Zeus sigue siendo el rey de los dioses, la monarquía es el sistema de gobierno que se halla en consonancia con el orden divino. La revolución, por tanto, es una violación de la organización natural del mundo, mientras que el patriotismo y el servicio público se encuentran en armonía con el orden cósmico. Los estoicos creían que era imposible alcanzar la serenidad si no se tenía la seguridad de haber cumplido con el propio deber para con los demás, de modo que el estoicismo contenía una gran dosis de humanitarismo.

Zenón instaba a sus seguidores a alcanzar la serenidad interior, que hace al hombre insensible no sólo al dolor —de ahí el sentido que damos en nuestra lengua al término «estoicismo»—, sino también al exceso de placer. Sin embargo, no propugnaba apartarse del mundo social y político, como hacían algunos contemporáneos suyos. Antes bien, recomendaba defender la justicia, aunque no empeñarse seriamente en reformarla. De ese modo, aunque los estoicos consideraban que en principio los esclavos eran tan libres como sus amos, no se plantearon en ningún momento abolir la esclavitud. Bastaba que los esclavos fueran conscientes de que, interiormente, gozaban ni más ni menos de la misma libertad que sus amos, que, a su vez, podían ser «esclavos» de la codicia o la lujuria. Además, como rechazaban el placer excesivo, los estoicos practicaban el sexo sólo con fines reproductivos. Su aceptación del ordenamiento sociopolítico jerarquizado y su rechazo del placer sexual constituyen dos campos muy significativos en los que el estoicismo se anticipó a las doctrinas del cristianismo primitivo.

En consonancia con su creencia en un universo ordenado, los estoicos pensaban que la vida es racional y puede responder a un plan. Muy distinta es la postura que adoptó Epicuro (341-270 a. C.), un samio que se estableció en Atenas y abrió en su casa una escuela llamada el Jardín. Epicuro no dudó en aceptar mujeres entre sus discípulos. Siguiendo la teoría de los átomos expuesta por Leucipo y Demócrito, rechazaba el determinismo de los primeros atomistas. Aunque admitía que los átomos caen en línea recta del cielo, añadió un nuevo elemento. Epicuro sostenía que la multiplicidad de sustancias existentes en el universo es fruto de los desvíos que periódicamente sufre la trayectoria de los átomos, que hacen que choquen entre sí según distintos tipos de inclinación. Como los reinos hechos y deshechos continuamente por los sucesores de Alejandro, la composición del universo era fruto del azar, y estaba destinado a perecer y a regenerarse también por azar.

Esta teoría dejaba poco espacio a los dioses, y de hecho Epicuro afirmaba que aunque los dioses deben de existir, puesto que los hombres ven sus imágenes en sueños, no tienen el menor interés por los seres humanos. Según la teoría epicúrea, los dioses llevan

una vida serena e imperturbable, indiferente a rasgos tan característicos de la vida religiosa y social griega como la oración, las ofrendas, o los ritos. (La buena noticia era que los terribles castigos asociados con el infierno eran mentira; la mala noticia era que en el Olimpo no había nadie interesado en escuchar quejas, en ofrecer consuelo, o en vengar las injusticias.) Después de la muerte, los átomos que componen el cuerpo y el alma de cada individuo se disuelven.

A falta de castigos y recompensas eternas, Epicuro pensaba que el sentido de la vida es la felicidad terrena, ganándose así el calificativo de primer filósofo humanista de la historia. Definía la felicidad como la consecución de la *ataraxia*, la imperturbabilidad propia del que se halla libre del excesivo placer y el excesivo dolor, semejante a la serenidad propugnada por Zenón. A diferencia de éste, sin embargo, Epicuro recomendaba apartarse de numerosas actividades que podían causar dolor; como por ejemplo la peligrosa búsqueda del amor o el dinero (que también los estoicos consideraban problemática), o la participación en la política (que los estoicos alababan). Según los epicúreos, todo lo que supusiera una amenaza para la *ataraxia* debía evitarse. Aunque en la actualidad el adjetivo «epicúreo» se relaciona vulgarmente con el goce de los placeres, sobre todo de la buena mesa, en realidad Epicuro aconsejaba la moderación en la comida y la bebida para evitar los males que comportan la indigestión y la resaca. A diferencia de los estoicos, los epicúreos aprobaban el sexo, siempre y cuando no conllevara el enamoramiento y sus numerosas trampas.

Pese a sus importantes diferencias en materia de sexo y de política, estoicos y epicúreos perseguían un mismo objetivo: alcanzar la tranquilidad en un mundo turbulento. Un objetivo análogo es el que perseguían otras dos escuelas de pensamiento que se desarrollaron por esta misma época, el cinismo y el escepticismo. El principal teórico del movimiento cínico fue Diógenes de Sinope (ca. 400-325 a. C.), que incitaba a sus seguidores a alcanzar la autosuficiencia cambiando las galas de la civilización por la naturalidad de los animales. Al negar que los seres humanos tengan unas necesidades distintas de las de los demás mamíferos, Diógenes escandalizó a sus contemporáneos y se ganó el sobrenombre de Cínico («como los perros», del griego *kyōn*, *kynós*), pues afirmaba descaradamente que los hombres deben seguir sus instintos igual que los animales (orinando o masturbándose en público, por ejemplo). Herederos del rechazo de las normas de la civilización propugnado por los cínicos fueron los escépticos, que también tenían en común con los epicúreos su falta de ilusión por la vida cívica. El escepticismo, asociado habitualmente con el nombre de Pirrón de Élida (ca. 365-275 a. C.), se popularizó en torno al año 200 a. C. Los escépticos hacían hincapié en la imposibilidad de alcanzar un conocimiento seguro, y recomendaban a la gente apartarse del mundo circundante. Al fin y al cabo, la búsqueda de la verdad era inútil, lo mismo que la búsqueda del poder. Hoy día, los términos «escéptico» y «cínico» suelen aplicarse a la persona que no está convencida de nada. En este sentido, las filosofías que solemos relacionar con el mundo helenístico (aunque el cinismo se inició en el siglo IV) contrastan con las de Platón y Aristóteles, que realmente creían que el conocimiento es posible y puede alcanzarse a través de la educación.

Mientras que Atenas siguió actuando como una especie de imán para los intelectuales, conviene subrayar que el centro de la especulación filosófica se trasladó durante la época helenística no sólo fuera de Atenas, sino también fuera de Grecia propiamente dicha en general. Por ejemplo, los pensadores estoicos más famosos procedían de lugares tales como Chipre o Siria, mientras que Tarso, Alejandría o Rodas se convirtieron

en los centros universitarios estoicos más célebres. Con el paso del tiempo, el estoicismo echaría firmes raíces en el imperio romano, donde cautivaría las mentes y los espíritus de numerosos hombres y mujeres que intentaron hacer frente a la decadencia y la autocracia propia del régimen imperial.

Casi tan curiosa como la de Atenas fue la suerte de Esparta. Tras una decadencia de casi un siglo que vio disminuir el número de los espartiatas a menos de dos mil y agudizarse las tensiones entre ricos y pobres, las reformas de dos reyes, Agis IV (262-241 a. C.) y Cleómenes III (260-219 a. C.) revitalizaron las instituciones «licúrgicas» de Esparta. Se cancelaron las deudas, se realizaron nuevos repartos de tierras, y se restableció el sistema educativo tradicional espartano, la *agōgē*. Durante un breve período, Esparta se convirtió en el modelo de estado estoico. La idea estoica de que el sufrimiento individual forma parte de un gran esquema natural y debe soportarse sin lamentaciones tocaba una cuerda muy sensible en los espartanos, y también el concepto de que la austeridad es preferible a la autocompasión estaba en consonancia con los ideales espartanos. Durante unos años, las armas espartanas fueron invencibles y la ciudad pareció estar a punto de volver a dominar el Peloponeso. Los intelectuales griegos empezaron a aclamar de nuevo las virtudes del sistema de Licurgo. Sus sueños de renovación de Grecia se hicieron añicos cuando las fuerzas conjuntas de Macedonia y la Liga Aquea aplastaron a los espartanos en la batalla de Selasia en 222 a. C. Como la suerte de Esparta venía a demostrar, ni siquiera la polis más fuerte podía resistir indefinidamente el poder de los reinos macedónicos que intentaban someter a los griegos o utilizarlos como peones en sus enfrentamientos diplomáticos y militares.

LOS REINOS MACEDÓNICOS

La literatura griega, con su tendenciosidad en favor de la polis, contiene muy poca información acerca de la organización y el funcionamiento cotidiano de los reinos macedónicos que dominaron el escenario político del período helenístico. Afortunadamente, el descubrimiento por los arqueólogos de numerosos testimonios no literarios en forma de inscripciones y sobre todo de papiros ha permitido a los historiadores remediar esta situación. Más de un siglo de intensos estudios de estas nuevas fuentes ha venido a demostrar que los reinos helenísticos eran estados de conquista cuya organización se basaba en dos principios fundamentales: en primer lugar, que, como país conquistado por la fuerza de las armas, el reino y su población pertenecían al rey; y en segundo lugar, que la administración de los asuntos del rey y la ejecución de sus obras estaba por delante de cualquier otra consideración. Estos dos principios eran comunes a todos los reinos macedónicos. Pero donde con más claridad puede verse su aplicación es en el caso del Egipto ptolemaico, donde la riqueza de los testimonios papiráceos ha permitido a los especialistas contemplar con bastante detalle cómo funcionaban el gobierno y la sociedad de un gran reino helenístico.

El caso de Egipto

La base de la riqueza de Egipto era su agricultura. Como hicieron los faraones antes que ellos, los Ptolomeos afirmaban que eran los dueños de todas las tierras de Egipto. Sin

embargo, a efectos prácticos el gobierno de los Ptolomeos dividió las tierras de Egipto en dos grandes categorías: las tierras del rey dedicadas a la producción agrícola básica y las «tierras liberadas». Esta última categoría se subdividía a su vez en cuatro subcategorías: las tierras de las cleruquias, utilizadas para proporcionar parcelas a los soldados; las tierras de donación, utilizadas para las recompensas otorgadas a los cargos gubernamentales; las tierras de los templos, utilizadas como soporte económico de los numerosos templos del país; y las tierras privadas, correspondientes a las casas y huertas de los particulares. Los sectores no agrícolas de la economía estaban también rigurosamente organizados. Las actividades económicas más importantes, como por ejemplo el sector textil, o la producción de papiro y de aceite, eran monopolios estatales, cuya finalidad era generar para el rey la mayor cantidad posible de ingresos a través de tasas e impuestos. La competencia extranjera a los beneficios del comercio egipcio quedó minimizada por el establecimiento de estrictos controles monetarios y por la limitación de las importaciones. Una amplia administración cuyo cuartel general se encontraba en Alejandría se encargaba de supervisar todo el sistema. Sus agentes —griegos en los niveles superiores y egipcios en los inferiores— podían encontrarse hasta en las aldeas más remotas. Para garantizar que la labor del rey se llevara a cabo como era debido, que se pagaran los impuestos, y que el importantísimo sistema de regadíos funcionara con eficacia, toda la población adulta, desde el labrador al soldado emigrante, era registrada haciéndose constar el lugar de residencia y la función económica de cada uno. Por último a la cabeza de todo el sistema estaba el rey —y al final también la reina— con todo el poder del autócrata cuya palabra es la ley. La supremacía de la familia real sobre todos los niveles de la sociedad se hallaba simbolizada por la institución de un culto oficial del soberano vivo y de sus antepasados. Los monarcas fomentaron la creencia en su carácter divino como medio de legitimar el uso que hacían del poder absoluto, mientras que sus súbditos disfrutaban de la participación en el culto de su soberano como medio de demostrar su patriotismo, su lealtad, y su gratitud. En reconocimiento a su fe monoteísta y al apoyo prestado al régimen, sólo los judíos estaban oficialmente exentos de observar estas normas.

Ptolomeo II utilizó la escultura y la acuñación de monedas para proclamar la apoteosis de los miembros de su familia. En el culto al soberano los hombres solían presentarse en forma de Dioniso o de Heracles, y las mujeres eran representadas como Afrodita. Pero gracias al sincretismo, a menudo eran equiparados con Osiris e Isis, y eran considerados encarnaciones reales de estas divinidades. La coexistencia de la cultura griega y de la egipcia queda patente en los retratos de los Ptolomeos divinizados. Dependiendo de cuál fuera el sector de la población que con mayor grado de verosimilitud fuera a contemplar su efigie, los reyes y las reinas podían ser representados al estilo puramente egipcio, puramente griego, o en una especie de combinación de ambos.



FIGURA 12.5. Octodracma de oro con las efigies de Ptolomeo II y Arsínoe II acuñada por Ptolomeo III (246-221 a. C.).



FIGURA 12.6. Estatua de Arsínoe II en piedra caliza.

La inscripción jeroglífica que aparece en la parte posterior del pilar de la estatua dice que la imagen fue dedicada no mucho tiempo después de su muerte y divinización en 270. Los tirabuzones estaban pintados de negro, y el rostro y demás partes del cuerpo se hallaban cubiertas de pan de oro. Los labios llenos y curvos, las cejas arqueadas, y los grandes ojos aparecen representados según el estilo egipcio tradicional, pero la soberana lleva en la mano una doble cornucopia, atributo de las diosas griegas que alude a sus poderes relacionados con la fertilidad.

La aparente racionalidad de la organización del estado helenístico impresionó mucho a los historiadores de finales del siglo XIX y comienzos del XX, y los llevó a considerar los reinos helenísticos instituciones esencialmente griegas con pocos lazos con sus predecesores persas o egipcios. Pero un examen más minucioso de los textos egipcios y cuneiformes y de las fuentes griegas ha revelado la existencia en los reinos macedónicos de una mayor continuidad con las tradiciones políticas egipcias y del antiguo Oriente Próximo de la que los historiadores anteriores habían apreciado. Todas esas regiones conservaron muchas de sus estructuras administrativas tradicionales, así como muchas de sus instituciones claves. La organización administrativa del Egipto ptole-

maico y del Asia seléucida, por ejemplo, siguió dividida en las entidades tradicionales, tales como los nomos y las satrapías, igual que había sucedido en tiempos de los persas, antecesores de los macedonios. No es de extrañar que la terminología griega empleada por muchas de nuestras fuentes resulte ser, después de ser debidamente analizada, una mera fachada tras la cual se ocultan las instituciones y prácticas tradicionales.

En el Egipto y el Asia de época helenística, los templos siguieron desempeñando un papel fundamental en la vida social y económica de sus gentes. En Egipto, los sacerdotes utilizaron los nombres de los dioses griegos, equipararon los meses de los calendarios macedonio y egipcio, y tradujeron al griego la nomenclatura oficial de los soberanos para dar un barniz helénico a las tradiciones milenarias de la religión y la monarquía egipcias. Dicha continuidad no tiene nada de extraño, pues, al igual que Alejandro, los Ptolomeos y los Seléucidas fueron a la vez reyes macedonios y faraones/reyes de Babilonia, entre cuyas responsabilidades estaba el apoyo que debían prestar a las instituciones tradicionales.

Además de las continuidades entre el pasado egipcio y medio-oriental y la organización de los posteriores reinos helenísticos, los especialistas han observado también algunas «irracionalidades» e ineficacias en su funcionamiento cotidiano. El Egipto ptolemaico y el Asia seléucida eran autocracias personales. Según los documentos oficiales, el gobierno estaba formado por «el rey, sus camaradas (el séquito personal del rey), y el ejército». El único límite verdadero al ejercicio de su poder que tenían los reyes era el temor a perder el apoyo de sus ejércitos y generales, que eran los únicos que tenían la facultad de destronar al monarca si los provocaba demasiado. Los oficiales del gobierno eran personalidades políticas con múltiples responsabilidades, que con frecuencia se solapaban, y que ocupaban cualquier puesto en el que los colocara el rey, independientemente de cuáles fueran los servicios prestados con anterioridad.

Pues bien, lejos de ser las maquinarias burocráticas perfectamente engrasadas que admiraban los especialistas de finales del siglo XIX y comienzos del XX, las fuentes revelan que los gobiernos helenísticos eran instrumentos ineficaces y a menudo arbitrarios, cuyo principal objetivo era obtener de los súbditos del rey la mayor cantidad posible de rentas. Documentos tales como la orden recientemente descubierta de Ptolomeo II (282-246 a. C.), en la que se anuncia la realización de un informe completo de la economía de Egipto, o la carta de este mismo rey en la que prohíbe a los abogados asistir a ninguna persona en cuestiones relacionadas con los impuestos, constituyen un testimonio no ya de una planificación racional centralizada, sino de la insaciable necesidad de dinero que tenían los monarcas helenísticos para sufragar su ambiciosa política exterior y sus grandiosos proyectos internos. Del mismo modo, los numerosos edictos reales en los que se prohíbe a los funcionarios del gobierno explotar a los súbditos del rey para obtener un beneficio personal, y el frecuente recurso a las amnistías generales en los casos de incumplimiento de las obligaciones para con el gobierno o de los funcionarios acusados de prevaricación, son un testimonio de la ineficacia y la corrupción intrínsecas de estos sistemas a la hora de la verdad.

LA SOCIEDAD HELENÍSTICA

Aunque la aparición de las nuevas monarquías macedónicas a comienzos del siglo III a. C. supuso una amenaza significativa para la independencia de las ciudades de

la Grecia del Egeo, creó también unas oportunidades desconocidas hasta entonces para algunos griegos de esas mismas ciudades. Independientemente de cuáles fueran los planes de Alejandro con respecto al gobierno de su imperio, es evidente que sus epígonos pensaron que había cometido un grave error confiando algunos cargos importantes a iraníes. Por consiguiente, cuando tuvieron que nombrar al personal de los niveles superiores de su gobierno, prefirieron recurrir a emigrantes griegos.

Nuevas oportunidades en un mundo colonial

Las oportunidades que se produjeron de esa forma fueron grandísimas para los varones de las elites griegas, que no tardaron en constituir una poderosa clase de funcionarios civiles y militares expatriados. Los testimonios epigráficos y papiráceos atestiguan ampliamente la riqueza y la influencia de los miembros de esa nueva clase dirigente: hombres como Apolonio, el principal consejero financiero de Ptolomeo II, o Zenón, un individuo originario de Caria que se encargó de la administración de sus fincas. Mucho menos brillantes, pero igualmente reales y desde luego mucho más numerosas, fueron las oportunidades creadas por la constante necesidad de griegos que tenían los reyes para servir sus ejércitos y para desempeñar la multitud de empleos administrativos menores, pero potencialmente muy lucrativos, que eran imprescindibles para el buen gobierno de sus reinos. Para este tipo de hombres ambiciosos, el poeta cortesano Teócrito no hacía más que decir la verdad cuando definía Egipto como una tierra llena de oportunidades para los emigrantes y calificaba a Ptolomeo II de «buen oficial pagador».

Documento 12.2 Carta del rey Ptolomeo II a Apolonio acerca de los ingresos de Egipto (259 a. C.)

El rey Ptolomeo a Apolonio. ¡Salud! Como algunos de los abogados citados más abajo intervienen en casos relacionados con asuntos tributarios en detrimento de mis ingresos, da instrucciones para que dichos abogados paguen a la corona dos veces el diezmo adicional y para que no se les permita actuar como abogados en ningún caso. Y si se descubre que alguno de los que han causado perjuicio a las rentas del estado trabaja como abogado en cualquier caso, enviémoslo bajo custodia y que sus bienes pasen a la corona.⁹⁹

Pero las oportunidades no se limitaban sólo a los hombres; afectaron también a las mujeres, aunque no en la misma medida. Como ocurriera con los varones, también las mujeres ricas tuvieron muchísimas oportunidades. Las fuentes antiguas destacan a algunas reinas como Arsínoe II y Cleopatra VII de Egipto, pero algunas ciudades griegas permitieron a las mujeres ejercer cargos públicos de menor entidad a cambio de que se avinieran a emplear sus riquezas en proyectos cívicos. La educación, que se generalizó en

99. *The Amherst Papyri* (eds. B. P. Grenfell y A. S. Hunt, vol. 2, Londres, 1901, n.º 33), según trad. ing. de Stanley M. Burstein, *The Hellenistic Age from the Battle of Ipsos to the Death of Kleopatra VII*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985, pp. 121-122.

tre las mujeres de clase alta durante el período helenístico, creó también la posibilidad de que algunas de ellas hicieran carrera, como por ejemplo la filósofa cínica Hiparquia y la música profesional Polignota de Tebas, cuya carrera tenemos documentada en varias inscripciones de Delfos. Pero probablemente fueran más numerosas las mujeres que se beneficiaron de los cambios de sus derechos, no por modestos menos significativos, que se introdujeron en la sociedad colonial de los reinos macedónicos, donde los contratos matrimoniales y otros documentos legales conservados sobre papiro revelan la existencia de mujeres capaces de administrar sus propios negocios y de buscar una reparación legal a la mala conducta de sus maridos. No es de extrañar que esa explosión de nuevas oportunidades hiciera del período helenístico una de las grandes épocas creativas de la civilización griega.



FIGURA 12.7. Tetradracma del emperador romano Cómodo (180-192 d. C.) acuñada en Alejandría, en la que aparece(n?) una(s?) nave(s?) pasando junto al Faro.

ALEJANDRÍA Y LA CULTURA HELENÍSTICA

Alejandría fue la fundación más famosa y duradera de Alejandro, y en ella además fue sepultado. Pero los responsables del embellecimiento de la ciudad fueron los tres primeros Ptolomeos, que la transformaron en la urbe más notable del mundo helenístico. Una política liberal de inmigración dio lugar a una población multiétnica en la que había macedonios, griegos, egipcios, y una floreciente comunidad judía que ocupaba una quinta parte de la extensión de la ciudad. El símbolo más claro del dinamismo y la originalidad de la Alejandría de comienzos del período helenístico quizá sea su monumento emblemático, el Faro. Construido por el arquitecto Sóstrato de Cnido por encargo de Ptolomeo II, el Faro fue el primer rascacielos de la historia, una torre poligonal de 120 metros de altura coronada por una estatua de Zeus Soter («Salvador»), cuya luz, reflejada en alta mar gracias a una serie de espejos gigantes, guiaba a los barcos hasta el puerto de Alejandría. El Faro fue considerado una de las siete maravillas del mundo antiguo. No es casualidad que tres de las siete grandes obras incluidas en esa lista daten del período helenístico, pues fue una época en la que los gobernantes se empeñaron particularmente en hacer publicidad de la riqueza y el prestigio de sus ciudades; las otras dos son el Coloso de Rodas y el templo de Ártemis en Éfeso. Por su escala y por su estilo todas ellas eran monumentos en perfecta consonancia con una época de competitividad y de personajes extraordinarios.

Documento 12.3 Contrato matrimonial de Heraclides y Demetria (311 a. C.)

La mejora de la situación jurídica de la mujer casada durante el período helenístico queda patente en este contrato matrimonial procedente de Egipto. Los orígenes heterogéneos de los inmigrantes griegos de Egipto se ponen de manifiesto en la variedad de etnias de los testigos del contrato matrimonial de Heraclides y Demetria.

Año séptimo del reinado de Alejandro, hijo de Alejandro, décimo cuarto año de la satrapía de Ptolomeo, mes de Dío.

Contrato matrimonial de Heraclides y Demetria. Heraclides, varón libre de nacimiento, toma por legítima esposa a Demetria, mujer libre de nacimiento, originaria de Cos, de su padre, Leptines, originario de Cos, y de su madre Filotis. Demetria aportará ropas y adornos por valor de 1.000 dracmas. Heraclides dará a Demetria todo lo que es apropiado que posea una mujer libre. Viviremos juntos donde les parezca mejor, de común acuerdo, a Heraclides y a Leptines.

Si se descubre que Demetria trama algo malo con el propósito de humillar a su esposo, Heraclides, quedará privada de todo lo que aportó al matrimonio. Heraclides presentará cualquier denuncia que pueda presentar contra Demetria ante tres varones que cuenten con la aprobación de ambos. Heraclides no introducirá a ninguna otra mujer en su casa que suponga una ofensa para Demetria, ni tendrá hijos de otra mujer, ni urdirá ningún mal contra Demetria por ningún motivo. Si se descubre que Heraclides hace algo de eso y Demetria lo denuncia ante tres varones que cuenten con la aprobación de ambos, Heraclides deberá devolver la dote de mil dracmas que aportó Demetria, y además pagará otras 1.000 dracmas alejandrinas de plata. Demetria y los que la asistan podrán reclamar el pago, como si existiera un declaración legal del propio Heraclides, y cobrárselas de los bienes que posea Heraclides por tierra y por mar.

Este contrato tendrá plena validez siempre y cuando Heraclides lo presente contra Demetria, o Demetria y los que la asistan lo presenten contra Heraclides, con el fin de hacer efectivo el cobro. Heraclides y Demetria tienen derecho a guardar sus respectivos contratos y presentarlos uno contra otro. Testigos: Cleón de Gela, Antícrates de Temnos, Lisis de Temnos, Dionisio de Temnos, Aristómaco de Cirene, Aristódico de Cos.¹⁰⁰

Los Ptolomeos se empeñaron además en hacer de Alejandría el centro cultural del mundo griego. Al igual que Alejandro, que incluyó en su séquito a artistas e intelectuales tales como el sobrino de Aristóteles, Calístenes, su historiador de corte, también Ptolomeo I y sus inmediatos sucesores invitaron a destacados eruditos y científicos griegos a instalarse en Egipto. Con las inmensas riquezas de este país a su disposición, los Ptolomeos podían perfectamente permitirse el lujo de ofrecer su mecenazgo a los intelectuales, fomentando las labores artísticas y el trabajo científico mediante el establecimiento de unas instituciones culturales totalmente nuevas.

Su principal fundación cultural fue el centro de investigaciones llamado el «Museo», porque estaba dedicado a las nueve Musas, las diosas patronas de las artes. En él distinguidos eruditos, mantenidos gracias a las subvenciones del estado, podían llevar a cabo sus estudios en unas instalaciones cómodas en las que había dormitorios, comedores y amenos jardines. Para facilitar las investigaciones de los estudiosos del Museo, Ptolomeo creó (con la ayuda de Demetrio de Fálero) una biblioteca cuya aspiración era poseer

100. *Elephantine Papyri* (ed. O. Rubensohn, Berlín, 1907, nº 1, líneas 1-18).

copias de todos los libros escritos en griego. Se dice que al final la biblioteca llegó a albergar 700.000 rollos de papiro.

La pasión de los Ptolomeos por ampliar la colección de la biblioteca real se hizo legendaria. Se supone que la traducción griega de la Biblia hebrea, los *Setenta*, se llevó a cabo por orden de Ptolomeo II, y se dice que la copia oficial ateniense de las obras de los tres poetas trágicos canónicos fue robada por orden de Ptolomeo III. Incluso los que visitaban Egipto eran registrados por si llevaban algún libro interesante y, si no existía en la biblioteca, se les incautaba (el propietario recibía a cambio una copia barata). Al margen de cómo se llevara a cabo la adquisición de los libros, la biblioteca ofrecía unos recursos desconocidos hasta entonces para la investigación científica en todos los ámbitos de la actividad intelectual (aunque algún rival envidioso quizá se hubiera reído de los afortunados ocupantes de la «pajarera» de Ptolomeo y hasta cierto punto con razón, pues se suponía que los intelectuales subvencionados debían ganarse lo que se confían). Los médicos y literatos que cobraban algún estipendio del gobierno servían respectivamente como doctores y tutores de los miembros de la familia real, y tenían que celebrar todas sus grandes acciones. El erudito y poeta Calímaco elaboró un catálogo monumental en 120 libros de las obras existentes en la biblioteca, que sentaría las bases de la historia de la literatura griega. En su poema *El rizo de Berenice*, Calímaco cantó además la transformación en cometa de un rizo de su melena que Berenice II consagró en 246 a. C. para conmemorar el inicio de la Tercera Guerra Siria. Siguiendo la misma línea de inspiración, el *Idilio XVII* de Teócrito constituye un curioso elogio de los diez primeros años del reinado de Ptolomeo II.

Nuevos caminos de la literatura

La labor de los intelectuales alejandrinos no se limitó, sin embargo, a satisfacer los caprichos de sus regios patronos. Los poetas efectuaron en la literatura griega importantes innovaciones. En sus *Idilios*, breves diálogos o monólogos situados en un ambiente rústico idealizado, Teócrito introdujo el género pastoril en la literatura occidental. Calímaco inauguró la tradición de la poesía «erudita» en obras tales como los *Himnos* o los *Aitia*, en los que contaba en versos de suma elegancia mitos particularmente oscuros y los orígenes de extrañas costumbres y fiestas recogidas por todo el mundo griego. Apolonio de Rodas, contemporáneo y rival de Calímaco, aunque algo más joven, revitalizó el viejo género épico con sus agudos retratos psicológicos de Jasón y Medea en las *Argonáuticas*, una vívida versión de la vieja leyenda de Jasón y los Argonautas. Otro contemporáneo de Calímaco, Evémero, embajador de Casandro ante Ptolomeo I, propuso una importante teoría totalmente nueva acerca de los orígenes de la mitología: inventó la novela utópica de viajes para exponer en su *Escritura sagrada* la idea de que los dioses eran grandes reyes venerados después de su muerte por los hombres en agradecimiento por los favores realizados a la humanidad.

Las artes plásticas

Las artes plásticas reflejan la combinación de lo antiguo y lo nuevo, característica del período helenístico. Durante la época clásica, los artistas se dedicaron a perfeccio-

nar un número limitado de géneros o tipos artísticos. Por ejemplo, la epítome de la escultura del siglo V era la figura idealizada de un joven desnudo que no expresaba ninguna emoción. Este tipo de figura siguió esculpiéndose como representación heroica de los reyes helenísticos. Aunque el arte helenístico sea una evolución del clásico, su principal característica es la variedad y la experimentación. Los escultores perfeccionaron la figura idealizada de la joven desnuda, y además produjeron imágenes realistas de un sector representativo de la población de la cosmópolis expresando una gran variedad de emociones humanas. Las esculturas, grandes y pequeñas, constituyen un testimonio más del nuevo interés por el individuo como sujeto especial y único, no ya como un miembro igual que los demás de una polis democrática.

La producción de figurillas de terracota comenzó en el siglo IV y siguió desarrollándose y floreciendo durante la época helenística. Dichas figuritas se hacían con moldes en copias sin cuento, y resultaban por tanto relativamente económicas. Como los personajes que representan, eran bastante comunes en el mundo griego. Las figurillas son el mejor testimonio que tenemos del arte plástico concebido como reflejo de la realidad. Como decíamos anteriormente al hablar de Menandro, el arte podría considerarse un espejo de la vida. Las figurillas representan personajes de todas las edades, de todas las categorías sociales, e incluso de diversas razas; no faltan niños regordetes, ancianos encorvados, rechonchos y arrugados, damas de la buena sociedad elegantes y graciosas, e incluso individuos de las clases más humildes. También las estatuillas de bronce, aunque más caras, representaban una gran variedad de tipos.

El desarrollo del retrato en las monedas y en la escultura fue fruto del interés por lo individual y la personalidad, rasgos particularmente importantes para unas gentes cuyas vidas estaban sujetas a los caprichos de los reyes. Como indican los retratos de Alejandro y sus sucesores reproducidos en el Capítulo 11 y en éste, el retrato no sólo pretendía reproducir los rasgos físicos reales de un individuo, sino que también era un intento de influir en la percepción del personaje que pudiera tener el espectador. Las monedas quizá sean objetos muy pequeños, pero como siempre circulan en gran cantidad por todas partes pueden llegar a ser muy influyentes. Por otra parte, en las obras de mayor tamaño el arte no sólo es un reflejo del mundo, sino también un intento de darle forma. Los Ptolomeos, por ejemplo, fueron muy amigos de utilizar la imaginería visual como propaganda para ganar apoyos para su monarquía. Al igual que Alejandro, que fomentó la creencia en su carácter divino y que fue venerado como un dios después de su muerte, los monarcas helenísticos manipularon la religión para adecuarla a sus propios intereses. La autodivinización de los reyes no era sólo inmodestia; les servía también para legitimar el uso que hacían de su poder absoluto. Los miembros de las dinastías reinantes fueron representados a menudo en monedas y en esculturas con los atributos y epítetos de los dioses y los héroes. El valor de la escultura como instrumento político es evidente en la imagen de Alejandro acompañado de las divinidades egipcias (cf. Capítulo 11, Figura 11.5) y en la escultura de Arsínoe II (Capítulo 12, Figura 12.6), que representa a la reina en figura de diosa egipcia. Cualquier espectador, incluso analfabeto, habría comprendido inmediatamente el mensaje: Alejandro y sus sucesores no son simples mortales, sino encarnaciones de los dioses. Además, son los herederos legítimos al trono de los faraones y al mismo tiempo los monarcas que reinan sobre el mundo griego.

Los monarcas más singulares se pasearon orgullosamente por el enorme escenario de Egipto y el Mediterráneo oriental. Muchos de los monumentos cuya realización encargaron no son hoy más que fragmentos o han desaparecido por completo, pero, como

sucede con el Faro, son conocidos a través de las imágenes reproducidas en las monedas, de las copias romanas, o de las descripciones verbales. Transmiten una fuerte impresión de la riqueza y el poder de los monarcas y las orgullosas ciudades que los construyeron. Los artistas estaban dispuestos a viajar si semejantes patronos los contrataban. Muchas grandes obras de la escultura helenística se caracterizan por su gran brío, por ejemplo una de las más famosas, la Victoria (*Nikē*) de Samotracia. Esta obra gigantesca fue dedicada por el pueblo de Rodas para conmemorar sus victorias sobre Antíoco III de Siria (222-187 a. C.), y fue erigida en Samotracia, centro religioso internacional, donde pudieran verla los peregrinos. La Victoria se posa en la proa de un barco. Su vestido húmedo y agitado por el viento revela los contornos del cuerpo, mientras que los paños que ondean por la parte posterior de la figura simbolizan la agitación, la inquietud, y el cambio continuo característicos no sólo del arte, sino también de la vida del período helenístico. Las alas desplegadas sugieren asimismo que su presencia no es necesariamente permanente, sino que va ligada a la fortuna del donante. Como la diosa Tyche (Fortuna), la Victoria suele ser voluble.

Las artes plásticas revelan también una nostalgia del pasado, que debía de parecer una época más segura y menos peligrosa que la actual. Los retratos de filósofos, poetas y otros personajes históricos decoraban los lugares públicos y espacios cerrados privados tales como las bibliotecas (cf. Demóstenes, Capítulo 10, Figura 10.4). Algunos escritores e intelectuales fueron venerados como dioses. Se habían hecho inmortales, lo



a



b



c

FIGURA 12.8. Esculturas helenísticas en miniatura. a. Estatuilla de terracota de una vieja niñera con su niño. Finales del siglo IV a. C. b. Figurilla de terracota de una niña leyendo un rollo de papiro. c. Estatuilla de bronce de un joven negro con el atuendo típico de un artesano. Siglos III-II a. C.



FIGURA 12.9. Victoria (*Nikē*) de Samotracia. Esta estatua monumental llamada Victoria Alada data aproximadamente del año 200 a. C. y es una de las obras más famosas conservadas en el Museo del Louvre de París.

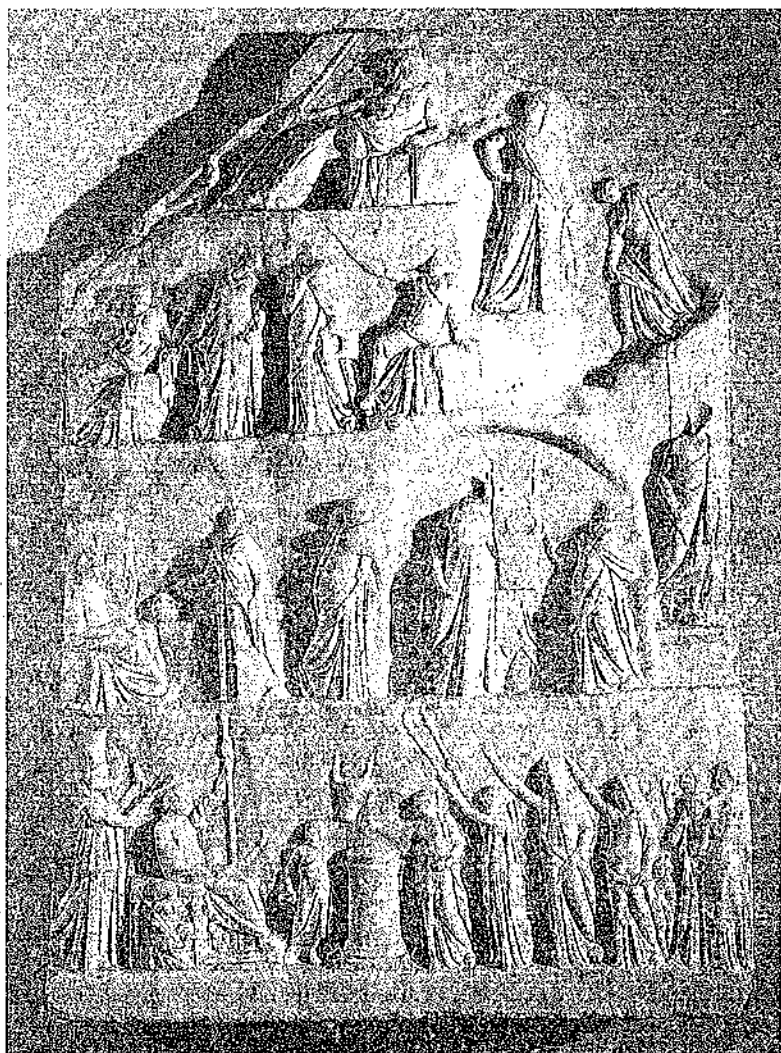


FIGURA 12.10. Este relieve escultórico de la apoteosis de Homero, obra de Arquelao de Priene, descubierto en Bovillae, Italia, data aproximadamente de 221-205 a. C. El poeta divinizado, que aparece sentado en el panel inferior a la izquierda, con un rollo y un cetro en las manos, es coronado por la Musa de la poesía épica. Entre otros personajes podemos distinguir a Zeus y Mnemósine, y sus hijas las Musas. La escultura probablemente fuera realizada por encargo de algún poeta que alcanzara la victoria en un certamen en Alejandría.

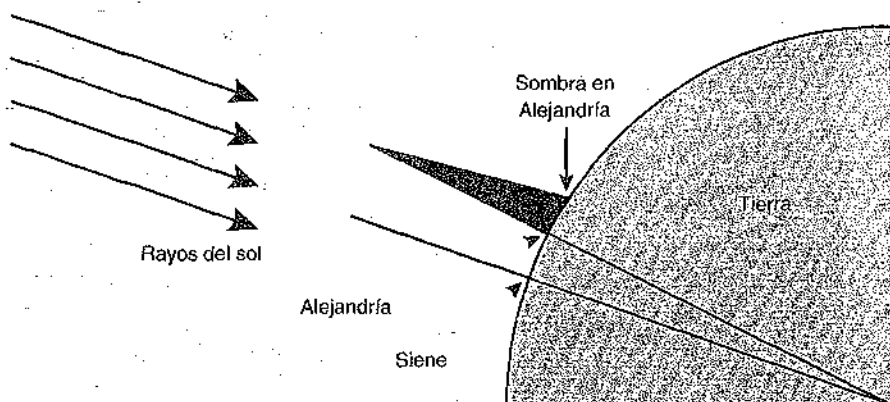


FIGURA 12.11. Cálculo de la circunferencia de la tierra por Eratóstenes. Eratóstenes midió en Alejandría la sombra proyectada por una aguja en el interior de una vasija semiesférica a las doce de la mañana de un día del solsticio de verano en que el sol se hallaba directamente encima de Asuán. Aplicando dos sencillos teoremas matemáticos —los ángulos de dos triángulos iguales son iguales y los ángulos iguales permiten trazar arcos iguales— llegó a la conclusión de que los 5.000 estadios de distancia que separan Alejandría de Asuán representaban $1/50$ de una esfera cuya circunferencia mediría aproximadamente 250.000 estadios. Al margen de algunos errores de menor importancia que Eratóstenes no podía conocer, su procedimiento era metodológicamente correcto y dio una medida de la circunferencia de la tierra que es exacta casi al cien por cien o, a lo sumo, un 20% superior a la real, dependiendo de que el estadio de Eratóstenes se considere que equivale a la décima parte de una milla o a un $8 \frac{1}{3}$ de milla. (Diagrama del procedimiento utilizado por Eratóstenes para calcular la circunferencia de la tierra.)

mismo que sus obras y su pensamiento. Por ejemplo, fueron bastante populares los bustos de Homero (sobre cuya apariencia externa no se tenía la menor idea), sin duda porque la *Iliada* era la obra más leída en todo el mundo griego y era utilizada como libro de texto en las escuelas primarias. No obstante, pese a la veneración del pasado, el testimonio de las artes plásticas no deja lugar a dudas y revela que el mundo había cambiado radicalmente desde la época de Aquiles y los aedos que recitaron sus hazañas en versos regulares.

Erudición y ciencia

Pero los grandes logros de los intelectuales helenísticos se produjeron en el terreno de la erudición literaria y de las ciencias aplicadas, ámbitos en los que su labor no tuvo parangón durante el resto de la Antigüedad. Calímaco y otros eruditos como los filólogos Zenódoto y Aristarco fundaron el estudio crítico de la lengua y la literatura griegas, y prepararon los textos canónicos de Homero y de otros poetas, que son los antepasados de los que seguimos utilizando hoy día. El matemático y geógrafo Eratóstenes estableció los principios de la cartografía científica, y realizó un cálculo increíblemente exacto de la circunferencia de la tierra basándose en los datos recogidos por los exploradores he-

nísticos. El físico Ctesibio fue el pionero de los estudios de balística y del empleo del aire comprimido como fuente de energía, mientras que otros científicos experimentaron el uso del vapor para hacer funcionar motores rudimentarios. En un terreno más modesto, un técnico desconocido de la época de los Ptolomeos inventó la *saqqiyah*, una especie de noria movida por tracción animal que sigue utilizándose en la actualidad en Egipto y Sudán.

Los médicos Herófilo y Erasítrato realizaron descubrimientos fundamentales relacionados con la anatomía y el funcionamiento de los sistemas nervioso, óptico, reproductivo y digestivo del ser humano mediante la disección de cadáveres, e incluso practicando vivisecciones en delincuentes condenados que el gobierno no dudaba en poner a disposición del progreso de la ciencia. El juramento hipocrático, que en muchos países occidentales suelen prestar los médicos al concluir sus estudios, data de la época helenística. Según dicho juramento, los médicos prometen respetar a los maestros que les enseñaron y transmitir sus conocimientos sólo a los hijos de éstos y a los aprendices de pago. Juran asimismo no utilizar su arte para causar daño o perjuicio a otros y abstenerse de practicar el aborto y la eutanasia y de divulgar lo que los pacientes le cuentan en confianza. En tanto que en la Antigüedad no existía un título acreditativo, y que había doctrinas médicas contrapuestas y opiniones diversas acerca del papel ético del galeno, no todos los médicos prestaban el juramento, como podemos comprobar por otros textos médicos que estudian el aborto, o por la práctica de la vivisección.

No obstante, la importancia del patrocinio real de las actividades culturales en el Egipto ptolemaico dio también pasos atrás. Los campos que no contaron con la generosidad de los reyes tendieron a estancarse: De ese modo, por ejemplo, aparte de las obras del matemático Euclides, cuyos *Elementos* siguen utilizándose para introducir a los principiantes en el estudio de la geometría, la aportación de los alejandrinos a las ciencias teóricas y a la filosofía, por las que los Ptolomeos tenían un interés muy relativo, fue cualitativamente mediocre y cuantitativamente limitada.

LAS RELACIONES SOCIALES EN EL MUNDO HELENÍSTICO

La importancia de sus grandes aportaciones culturales suele oscurecer el hecho de que los griegos fueron siempre una minoría en todo el mundo helenístico excepto en el Egeo. Tal era el caso incluso en ciudades como Alejandría y Antioquía, que no eran más que islas de dominación y cultura griega en un ámbito predominantemente no griego. No es de extrañar, por tanto, que las relaciones existentes entre los inmigrantes griegos y las poblaciones nativas constituyan uno de los temas fundamentales de la historiografía helenística. Los especialistas en historia del período helenístico que escribieron a comienzos del siglo XX se mostraron entusiasmados por el encuentro entre griegos y bárbaros que se produjo en esta época. Consideraban las ciudades helenísticas verdaderos «crisoles» en los que las culturas y pueblos griegos y bárbaros se fundieron en una nueva civilización cosmopolita. Últimamente se ha popularizado una interpretación menos optimista de las relaciones sociales propias del helenismo, que recuerdan el sueño isocrático de un Asia conquistada en la que los nativos trabajaran para los nuevos colonos griegos y sus dominadores macedonios con tanta dureza como lo habían venido haciendo para sus anteriores amos, los persas. Los partidarios de esta nueva interpretación consideran los reinos macedónicos sociedades segregadas en las que la condición social y

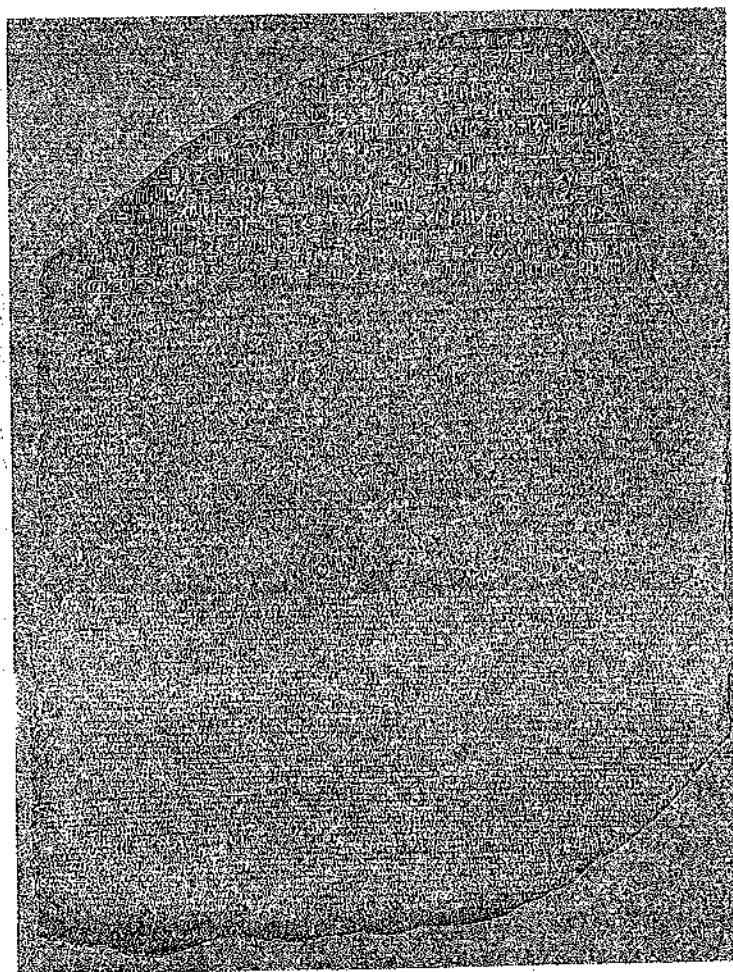


FIGURA 12.12. La Piedra de Rosetta. 27 de marzo de 196 a. C. Fragmento de una estela de granito negro descubierta en la boca del Nilo llamada Rosetta, que contiene la versión trilingüe (griego, jeroglífico [egipcio medio], y demótico [egipcio vernáculo tardío]) de un decreto aprobado por un sínodo de sacerdotes de Egipto para conmemorar la coronación de Ptolomeo V (204-180 a. C.) como rey de Egipto: «Durante el reinado del joven dios que recibió el reino de su padre, señor de las coronas, grande en celebridad, que estableció Egipto, y es reverente con los dioses, victorioso sobre sus enemigos; que mejora la vida de los hombres, señor del ciclo de treinta años igual que Hefesto el Grande, y es rey igual que Helios; gran rey del país alto y del país bajo, hijo de los dioses Filopátore, al que Hefesto dio su aprobación, al que Helios concedió la victoria, imagen viva de Zeus; hijo de Helios, Ptolomeo, vivo por siempre, amado de Ptah. Cuando llegó [sc. Ptolomeo V] a Licópolis, en el nomo de Busiris, que previamente había sido tomada y que había sido preparada para un asedio con un abundante depósito de armas y de todo tipo de provisiones, pues la conspiración llevaba siendo urdida desde hacía largo tiempo por ciertos hombres impíos que se habían congregado en ella y habían cometido muchos crímenes contra los templos y los habitantes de Egipto, acampó frente a ella y rodeó la

los privilegios venían determinados fundamentalmente por criterios étnicos. Ni qué decir tiene que según esta teoría las etnias que contaban eran la macedonia y la griega.

La demografía de los reinos helenísticos llevaba implícito un alto grado de segregación social y cultural. Como la colonización griega fue fundamentalmente urbana, las zonas rurales se vieron irremediabilmente privadas de la influencia griega. Los estudios que se han realizado de las aldeas egipcias revelan una ausencia casi total de residentes griegos o de influencia helénica en su vida cotidiana.

Sin embargo, la división étnica no se limitaba sólo a las zonas rurales. Los no griegos carecían de derechos de ciudadanía y en las ciudades del Oriente helenístico vivían en barrios separados. En Egipto coexistieron diferentes sistemas jurídicos para griegos, egipcios y judíos. También están perfectamente documentados en las fuentes los prejuicios y las tensiones étnicas. Teócrito llama a la delincuencia callejera «el juego egipcio», y un trabajador agrícola se queja de que sus supervisores lo miran con desprecio y se niegan a pagarle «porque soy bárbaro» (cf. Figura 12.2), mientras que los papeles personales de un griego que vivía aislado en Menfis están llenos de alusiones a los episodios de acoso personal de que fue objeto por parte de sus vecinos egipcios. Por último, el deseo de que termine de una vez la dominación macedónica constituye un tema recurrente de la literatura egipcia y judía helenística, y la historia del Egipto ptolemaico y del Asia selúcida está llena de ejemplos de sublevaciones organizadas con este fin. La Piedra de Rosetta alude a una de esas sublevaciones durante los primeros años del reinado de Ptolomeo V. Algunos egipcios soñaban incluso con el regreso milagroso de Nectanebo II, el último faraón del Egipto libre, que se refugió en Nubia cuando los persas reconquistaron el país hacia 340 a. C.

El lugar de los no griegos

No obstante, la imagen de los reinos helenísticos divididos en dos sociedades distintas casi completamente aisladas —una griega y otra no griega— distorsiona la realidad social casi tanto como el viejo ideal de civilización helenística armónicamente mixta. La existencia de versiones griegas de la leyenda de Nectanebo, como «El sueño de Nectanebo», demuestra que al menos algunos griegos se interesaron por la cultura

ciudad de túmulos y zanjas y murallas maravillosas. Como la crecida del Nilo en el año octavo era grande y normalmente cubría el llano, la contuvo bloqueando en muchos lugares las bocas de las acequias. Habiendo gastado no poco dinero en todas estas medidas y habiendo dispuesto a la caballería y a la infantería para que las guardaran, en poco tiempo tomó la ciudad por la fuerza y aniquiló a todos los hombres impíos que había en ella, lo mismo que Hermes y Horus, el hijo de Isis y Osiris, trataron a los rebeldes en esos mismos lugares con anterioridad. A los que habían capitaneado a los rebeldes en tiempos de su padre [i. e. Ptolomeo IV] y habían causado desórdenes en el país y habían profanado los templos, cuando él llegó a Menfis para vengar a su padre y al reino, los castigó a todos como corresponde al momento en que llegó para celebrar los ritos relacionados con su coronación».

Oriens Graeci Inscriptiones Selectae (ed. W. Dittenberger, 2 vols., Leipzig: S. Hirzel, 1903-1905, n° 90), según trad. ing. de Stanley M. Burstein, *The Hellenistic Age from the Battle of Ipsos to the Death of Kleopatra VII*. Cambridge, Cambridge University Press, 1985, pp. 131-132 (fragmento).

egipcia de la época. Y lo que es más importante, los graves conflictos y las divisiones sociales existentes en el seno de las propias poblaciones nativas de los reinos helenísticos impidieron la aparición de cualquier resistencia unificada de éstas a la dominación macedónica.

En las monarquías teocráticas de Egipto y del antiguo Oriente Próximo, la seguridad del estado se basaba en el apoyo de los dioses y de sus sacerdotes, y siguió siendo así durante todo el período helenístico. Los Ptolomeos sometieron a los templos de Egipto a una mayor vigilancia que los faraones, sus antecesores, pero también mantuvieron e incluso aumentaron el apoyo prestado a la religión por el gobierno, como podemos apreciar por la enorme cantidad de construcciones templarias que se produjo durante la época helenística. El estudio de los numerosos testimonios egipcios acerca del Egipto helenístico está todavía en mantillas. Pero ya ha revelado que durante el régimen de los Ptolomeos las familias sacerdotales conocieron una gran prosperidad, acumulando grandes fincas y participando activamente en transacciones comerciales de todo tipo, al tiempo que gastaban grandes cantidades de dinero en los indicadores de éxito personal tradicionales del país, a saber: las ofrendas a los dioses y la riqueza de los ajuares fúnebres. Su prosperidad sentó además las bases de una vigorosa recuperación de la cultura autóctona, que desembocó en la realización de una gran variedad de obras literarias y artísticas, tan novedosas como interesantes, que sólo últimamente han empezado a conocerse y a apreciarse. No es de extrañar, por tanto, que en la propia Piedra de Rosetta Ptolomeo V sea felicitado por la brutal supresión de una rebelión de la población nativa de Licópolis, en el Bajo Egipto, que amenazaba el bienestar del clero egipcio tanto como su señor, el soberano macedonio.

Las oportunidades de progreso no se limitaron a las elites sacerdotales. El análisis de los archivos personales de los magistrados rurales —tratados despectivamente por los especialistas en historia del helenismo de comienzos de siglo por considerarlos personajes demasiado humildes y poco significativos— ha demostrado que dichos individuos podían enriquecerse mediante la explotación de su papel de intermediarios entre el gobierno central de lengua griega y sus súbditos egipcios. No es de extrañar, pues, que los sacerdotes y los funcionarios locales fueran partidarios leales del régimen de los Ptolomeos, y que fueran objeto de duras represalias durante las sublevaciones de la población nativa de finales del siglo III y del siglo II a. C. Un sistema análogo de patrocinio regio de los templos y de prosperidad del clero caracteriza al Asia seléucida, donde los monarcas de esta dinastía subvencionaron generosamente tanto a los santuarios babilónicos como al templo de Yavé en Jerusalén, recibiendo a cambio el apoyo leal de sus respectivos cleros.

Además había ciertos factores sociales y culturales que permitían moderar la fuerte tendencia a la segregación social existente en el Egipto ptolemaico y en otros puntos del mundo helenístico. El más importante de esos factores era la demografía. Al comienzo del período helenístico, los matrimonios mixtos entre griegos y no griegos quizá fueran relativamente frecuentes, pues la mayoría de los inmigrantes griegos eran soldados y por consiguiente fundamentalmente varones. Por otra parte, aunque los Ptolomeos y los demás monarcas rivales suyos fomentaron activamente la inmigración de griegos con generosas recompensas, el número real de emigrantes fue relativamente pequeño, y la inmensa mayoría de ellos llegaron durante los primeros años de la dominación macedónica. Por consiguiente, el número de la población de etnia griega existente en el Egipto ptolemaico y en otras regiones del Oriente helenístico probablemente fuera pequeño.

Además, los griegos que vivían en las zonas rurales, donde la tendencia a los matrimonios mixtos era mayor, se asimilaran más o menos a las costumbres sociales y culturales de sus vecinos bárbaros. Así ocurrió sobre todo en el terreno de la religión, pues los griegos, como tantos otros pueblos politeístas, tenían una predisposición a honrar a los dioses de los países en los que se instalaban.

La religión helenística

En todo el mundo helenístico la religión griega experimentó un profundo cambio, cuando a las poblaciones multiétnicas de Egipto y Asia empezaron a parecerles demasiado anacrónicos o irrelevantes muchos de los dioses de la vieja polis. El paganismo y el politeísmo eran sistemas religiosos flexibles y nada dogmáticos, abiertos a la introducción de nuevas divinidades y a la remodelación de las antiguas. En muchos casos, los poderes de los viejos dioses olímpicos fueron redefinidos, pues evidentemente ya no cabía pensar que su misión fuera defender los intereses de los griegos frente a los de los bárbaros.

En Egipto, por ejemplo, se desarrolló una variedad helenizada de la religión autóctona. El producto más llamativo de esta helenización de la religión egipcia lo encontramos en Alejandría, donde Ptolomeo I convocó al sacerdote egipcio Manetón y al experto en cuestiones rituales Timoteo, originario de Atenas, para que crearan un nuevo dios destinado a convertirse en el nuevo patrón de la ciudad. Ese nuevo dios, Serapis, era una síntesis de elementos egipcios y griegos, que combinaba diversos aspectos de Hades, Osiris, Dioniso, y Zeus. Fuera de Alejandría, los griegos veneraban a los dioses egipcios tradicionales, como Isis y Osiris. A la aceptación de estas divinidades extranjeras contribuyó la secular costumbre griega de identificar a sus dioses con los de otros pueblos (sincretismo), pero el proceso de identificación propiamente dicha comportó tanto pérdidas como ganancias.

Las prácticas religiosas autóctonas que chocaban demasiado con las tradiciones griegas, como por ejemplo la veneración de animales o la momificación, fueron eliminadas de los nuevos cultos helenizados, mientras que los dioses egipcios adoptaron la identidad de sus homólogos griegos. El resultado es evidente en el caso de Isis. Originariamente era la devota esposa de Osiris y la madre de Horus en el mito fundacional de la monarquía egipcia, pero a través de su identificación con diosas griegas como Afrodita, Deméter, y Atenea, asumió un carácter desconocido en la tradición egipcia: el de reina del universo, benefactora de los humanos, y creadora de la civilización. Así, pues, cuando se produjo la adaptación de la cultura griega y la no griega, se llevó a cabo de tal modo que su resultado no supuso ningún desafío al predominio de la cultura y los valores helénicos.

Documento 12.4 Alabanzas de Isis (siglo I a. C. o d. C.)

La helenización de la religión egipcia queda patente en esta inscripción procedente de la ciudad de Cime, en el noroeste de Anatolia, con su universalización del poder de Isis y la identificación de las divinidades griegas y egipcias (Hefesto = Ptah, el dios creador de Menfis; Hermes = Toth, dios de la sabiduría e inventor de la escritura; y Crono = Geb, dios de la tierra y padre de los dioses de los reyes de Egipto).

Demetrio, hijo de Artemidoro, también llamado Tráseas, magnesio de Magnesia del Meandro. Ofrenda en cumplimiento del voto realizado a Isis. Transcribió esto de la estela de Menfis que se encuentra ante el templo de Hefesto.

Soy Isis, la tirana de toda tierra; y fui educada por Hermes, y con Hermes inventé las letras, las jeroglíficas y las demóticas, para que no se utilizara la misma escritura para escribirlo todo. Impuse leyes a los hombres, y que las leyes que yo establecí nadie las cambie.

Soy la hija mayor de Crono. Soy la esposa y la hermana del rey Osiris. Soy la que descubrió el cultivo del grano para los hombres. Soy la que es llamada diosa por las mujeres. Por mí fue edificada la ciudad de Bubastis. Separé la tierra de los cielos. Definí los caminos de las estrellas. Fijé la órbita del sol y de la luna. Inventé la navegación.

Hice que el justo fuera fuerte. Uní a la mujer y al hombre. Para la mujer establecí que al décimo mes diera a luz a los hijos. Ordené que los padres fueran bien tratados por sus hijos. Para los padres que reciben malos tratos fijé una recompensa. Junto con mi hermano Osiris puse fin al canibalismo.

Revelé los misterios a los hombres. Enseñé a los hombres a honrar las imágenes de los dioses. Delimité los recintos de los dioses. Suprimí los gobiernos de los tiranos. Puse fin a los crímenes. Ordené que las mujeres fueran amadas por los hombres. Hice que el justo fuera más fuerte que el oro y que la plata. Determiné que lo verdadero fuera considerado hermoso. Inventé los contratos matrimoniales. Asigné sus lenguas a griegos y a bárbaros, a cada uno la suya. Hice que lo honrado y lo vergonzoso se diferenciara por naturaleza. Hice que no hubiera nada más tremendo que un juramento. A todo el que urdía algo injusto contra otros lo puse en manos de sus víctimas. Establecí que los que cometen injusticia reciban su merecido. Ordené que los suplicantes hallaran misericordia. Honro a aquellos que se defienden con razón. Ante mí lo justo prevalece.

Soy la señora de los ríos, de los vientos y del mar. Nadie se hace famoso sin mi conocimiento. Soy la señora de la guerra. Soy la señora del rayo. Calmo y agito las aguas del mar. Estoy en los rayos del sol. Tengo mi sede junto a la órbita del sol. Todo lo que decido se cumple. Tengo facultad para todo. Libero a los que están cargados de cadenas. Soy la señora de la navegación. Lo navegable lo hago no navegable cuando quiero. Establecí los límites de las ciudades.

Soy la que es llamada Tesmóforo. Saqué la isla de las profundidades a la luz. Domino el destino. El destino me obedece. Salve, Egipto, que me criaste.¹⁰¹

Todas estas consideraciones tienen importantes consecuencias a la hora de entender las relaciones existentes entre griegos y no griegos en todo el mundo helenístico. Como la *apartheid* no fue nunca un rasgo característico de la sociedad griega, la combinación de un número relativamente pequeño de población de etnia griega con la constante necesidad de los reyes helenísticos de disponer de una elite helénica capaz de proporcionar a su monarquía un punto de apoyo del que pudieran fiarse, no podía tener más que un único resultado. Con el paso del tiempo, muchos personajes calificados de «griegos» por las fuentes helenísticas serían no tanto griegos de nacimiento, sino de cultura: esto es, gentes que habían recibido una educación griega, que habían adoptado los modos de vida griegos (y a menudo también un nombre griego), y que veneraban a sus antiguos dioses con nombres griegos.

101. *Inscriptiones Graecae*. XII, 14; según trad. ing. de Stanley M. Burstein, *The Hellenistic Age from the Battle of Ipsos to the Death of Kleopatra VII*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985, p. 147.

Del mismo modo, muchas «ciudades griegas» del Oriente Próximo serían cada vez más a menudo asentamientos locales que habían cambiado de nombre y cuya ciudadanía estaba compuesta en gran medida por esos no griegos aculturados. Algunos judíos intentaron convertir Jerusalén en una polis griega a comienzos del siglo II a. C., mientras que otros, encabezados por la familia de los Macabeos, se opusieron a ese afán de helenización de su comunidad. El conflicto se agravó cuando Antíoco IV decidió intervenir, prohibió a los judíos realizar sus prácticas religiosas tradicionales, y en 167 a. C. dedicó a Zeus Olímpico el templo de Yavé en Jerusalén. Cuando en la actualidad los judíos celebran la fiesta de Chanukah, conmemoran su triunfo sobre Antíoco y sus partidarios. La historia de este conflicto aparece recogida en Macabeos I y II, dos de los apócrifos que nos ofrecen una imagen singular del mundo helenístico desde el punto de vista de un pueblo sometido. Revelan además con toda claridad la principal limitación del proceso de helenización: su incapacidad de repercutir de modo significativo sobre las vidas de las masas de población de los reinos helenísticos.

Aunque la dominación macedónica de Egipto y el Asia occidental duró casi tres siglos, las formas de valorar el significado de esta época de dominación extranjera son muy variadas. Algunos estudiosos hacen hincapié en los efectos positivos de la difusión de la cultura griega por la región, mientras que otros la ven como un período transitorio de dominación colonial en el que la cultura griega no fue más que un barniz, bajo el cual sobrevivieron e incluso florecieron las tradiciones sociales y culturales autóctonas. Como es natural, la verdad es más compleja de lo que suponen los partidarios de una y otra tesis. La helenización efectivamente se produjo, pero sus efectos se dejaron sentir poco fuera de los grandes centros urbanos de la región. Del mismo modo, las tradiciones locales sobrevivieron e incluso, como señalamos al comienzo de este capítulo, fueron fomentadas por los Ptolomeos y los Seléucidas. Sin embargo, su vigencia fue breve, y prácticamente se había agotado a finales del siglo I a. C. La educación, la cultura y el *status* social privilegiado fueron siempre en toda esta región tres fenómenos estrechamente vinculados entre sí. La dominación persa no había puesto en peligro esos vínculos porque los propios persas reconocieron la superioridad que en su imperio tenía la cultura mesopotámica. Pero la posición privilegiada de la que gozaba la cultura griega rompió los lazos existentes entre cultura y *status* social, proporcionando así un poderoso incentivo a los miembros más ambiciosos de las elites locales para que poco a poco fueran abandonando sus culturas tradicionales y se helenizaran. Así, pues, sin que nadie lo pretendiera, el establecimiento de los reinos macedónicos marcó el principio del fin de las antiguas civilizaciones de Egipto y del Oriente Próximo.

Este obra, publicada por CRÍTICA,
se acabó de imprimir en los talleres
de Huertas Industrias Gráficas,
el 4 de enero de 2011